

# DON ENRIQUE DE OSSÓ

## Y SU OBRA APOSTÓLICA

### 1. ENRIQUE DE OSSÓ, EL APÓSTOL

#### 1.1. EL SENTIDO APOSTÓLICO QUE SUBYACE EN SU POSTURA CRISTIANA

##### 1.1.1. *Arranque de su postura apostólica: el deseo de ser maestro*

Hablar de un hombre, cuyas virtudes heroicas han sido declaradas por la Iglesia, es necesariamente hablar de un apóstol.

“La vocación cristiana es, por su misma naturaleza, vocación también al apostolado”, nos dirá el Concilio Vaticano II (1).

Enrique de Ossó y Cervelló tuvo, desde los primeros años una clara y decidida postura de autenticidad cristiana.

Realmente podemos caer, cuando se trata de hacer el panegírico de alguna figura, en la estudiada búsqueda de aquello que pretendemos atribuirle.

Creo que en nuestro caso sería el mismo rigor histórico el que nos llevaría de la mano a la afirmación que acabo de formular.

Su infancia no tiene nada de extraordinario. Sencilla vida de pueblo en el seno de una familia piadosa. Piedad que caracteriza especialmente a la madre, como él precisará: “buenos padres, *piadosa* madre, santos abuelos” (2). Pero que basta para enraizar una vida de compromiso cristiano.

En los “Apuntes” a los que hemos hecho referencia, D. Enrique pasa revista rápidamente por los recuerdos de su infancia. Y en medio de esas notas lacónicas y de carácter general, con mayor riqueza de detalles, incluso en la lengua materna, presenta un hecho: su voluntad de ser maestro:

“Mi buena madre siempre me decía: - *Fill meu, Enrique, faste – capellá. Quin goix me darías.* – No quiero, le decía. – Pues, ¿qué quieres ser? – *Vull sé mestre*” (3).

“*Me decía siempre*”. “No quiero, *le decía*”. Ese imperfecto no parece aludir a un hecho aislado. Se trata de algo que desde su infancia llena un aspecto de su persona como *ideal* y como *misión*.

No explica el motivo de esos deseos. La vida se irá encargando de dibujar su fisonomía interior con matices claramente definidos. Y entre ellos, su ansia de apostolado formulada con palabras que nunca se cansará de repetir: “Extender el Reinado del conocimiento y amor de Cristo”. *Conocimiento y amor*. Dos puntales necesarios para la formación cristiana a la que dedicará en el futuro su vida y su obra.

Es evidente, que en la raíz de su postura apostólica hay un alma de maestro que rezumará después en todas sus obras y escritos y que tiene su arranque en aquella terca respuesta de su infancia. Así son muchas veces las primeras intuiciones de los niños que marcan la pauta del futuro.

Tendremos ocasión de volver sobre el tema. Dejemos anotado de momento que una inicial postura cristiana tiene algo de misteriosa predestinación o llamada. El gran catequista decidirá desde niño lo específico de su apostolado: *El Magisterio*.

##### 1.1.2. *“La gloria y el servicio del Eterno Padre”*

Otro hecho y de gran actualidad, - yo me atrevería a decir de peligrosa actualidad - va a seguir matizando la fisonomía espiritual del apóstol futuro. Y digo peligrosa porque se trata de un gesto que hoy parece entusiasmar a la juventud: la huida de la casa paterna. Y en este caso no es un joven. Tampoco un niño. Es un adolescente pero que posee ya, por lo que se ve, una madurez humana y espiritual sorprendente.

La anécdota no interesa demasiado. Se le niega el permiso para ser sacerdote. Era ésta la última decisión de aquel niño ahora de 14 años después de la muerte de su madre. Aquí se mezclan, en indecisa postura de adolescente, una vocación que será también característica de su vida: la soledad.

“Mi familia se resistía a que fuese sacerdote...y resolví marcharme...me fui lejos, cargado de unos pequeños libros, sin dinero, a pie. Quería ser *ermitaño, retirándome a la soledad*, y dirigí mis pasos a Montserrat (4). Cuando le descubren y tiene que volver, ya es

otra su resolución: “Volví a mi casa y entonces dije que quería estudiar para *misionero* e ir a convertir infieles...” (5).

Pero en esa indecisión o en esos cambios de postura, desde la contemplación hasta la acción exuberante del “misionero” con su dosis de idealismo infantil, hay un denominador común que quiero analizar brevemente: LA GLORIA DE DIOS.

Se despierta allí, a los pies de la Señora, en Montserrat, lo que él llamará su “vocación”. Y queda claramente formulada muchos años después pero reviviendo los hechos: “Solo y por caminos difíciles llegué a vuestros pies... ¡Bendita Reina de las gracias!...Hallé mi vocación. Vos me guiasteis sin que yo supiera cómo. Y dije: “*Seré siempre de Jesús*, su ministro, su apóstol, su misionero de paz y amor” (6).

Esta decisión tan clara y entusiasta tiene un móvil que me parece central en la vida de D. Enrique como apóstol: “*La gloria y el servicio de Dios*”

Ese será el único argumento a la hora de dar una explicación de los hechos a su padre. El hecho evoca el “Evangelio de la Infancia” en Lucas. También Cristo tuvo la misma postura en el Templo: “¿No sabíais que debo ocuparme en las cosas de mi Padre?” (7).

La carta de despedida del pequeño Enrique es un documento y un tesoro. “Os causaré grave dolor mi ausencia; pero, padre, la gloria y el servicio de Dios lo han motivado...” (8). Ya no habrá desde aquel momento otra postura y otra alternativa. Y en los momentos cumbres de su vida “la gloria y los intereses de Jesús” serán el móvil de su acción apostólica.

### 1.1.3. Su opción radical por Cristo

Pero es de su cristocentrismo de donde arranca este primer acto de su adolescencia y toda la cadena de hechos que durante 55 años le llevará a elegir siempre de acuerdo con su opción fundamental.

Es interesante la resolución que toma a los pies de la Virgen de Montserrat: “SERÉ SIEMPRE DE JESÚS”.

Y lo será. Ya no habrá en su vida otra preocupación que la de ser de Jesús y hacer que lo sean las almas a quienes infunde su espíritu.

A las hermanas de la Compañía de Santa Teresa les dirá muchos años después: “Este debe ser vuestro único afán: *Ser todas de Jesús*; que no haya cosa en vuestro exterior ni interior que no predique a Jesús” (9).

Y será su verdadera obsesión para sí mismo y para los demás. Es el auténtico *celo* por la salvación de las almas que motiva y da razón de ser a todo apostolado.

Por eso no se puede hablar de Enrique de Ossó como apóstol sin entender esa raíz profunda de donde brota toda aquella actividad desbordante. Es más, cuando vayamos asomándonos, a través de las páginas de este trabajo, al ritmo de vida que llevará durante años, movido siempre única y exclusivamente por cuestiones apostólicas, encontraremos la clave en aquella entrega incondicional a Cristo, centro de su vida por quien trabajó sin descanso para extender el Reinado de su conocimiento y amor.

La exigencia radical que pedirá siempre a sus hijas de la Compañía de Santa Teresa, será también una exigencia personal. Se refleja en infinidad de cartas. Basta, entre muchas, esta cita: “¡Oh qué pocas almas hay que amen de veras a Jesús!...A lo menos, mis hijas en el Señor, sed vosotras las enamoradas de Cristo Jesús, todas y exclusivamente de Jesús...Pedidle que os envíe una centella de su corazón, un dardo de fuego divino que nos haga vivir y morir abrasados en el divino amor. Yo esto pido en todas mis oraciones, visitas y misas en esta Santa Ciudad (Roma); que todas (las hijas de la Compañía) vivan y mueran abrasadas y consumidas en el divino amor, *como para mí deseo*” (10).

Esta opción fundamental por Cristo expresada por vez primera en aquel impulso de su adolescencia: “SERÉ SIEMPRE DE JESÚS”, va aumentando con los años y haciendo de su apostolado una necesidad vital nacida del celo que le consume. Sus escritos son continuamente el fiel reflejo de ello. Frase, ya proverbial, tratándose de actuar en los distintos campos del apostolado – la pluma, la enseñanza, la predicación etc. – será siempre: “lo que pueda promover mejor los intereses de Jesús”.

Eso es para Enrique de Ossó el APOSTOLADO: la manifestación operativa del “celo por los intereses de Jesús”.

Esta postura tan íntegramente apostólica es la que salvará al joven sacerdote, inquieto y sorprendentemente fecundo, del peligro de un activismo que derramándose con exageración en las obras externas, puede llevar a desequilibrios personales. Jamás una actividad como fruto de sus ambiciones o intereses. El centro será Cristo Jesús, a quien ha decidido con su alma juvenil, entregarse para “siempre”.

Es sintomático que utilice generalmente la palabra *celo* para hablar de apostolado. La misma que emplea Jeremías para manifestar su fuego interior como una íntima presión divina que es llamada y compromiso (11). La que empleara Elías al sentir su alma abrasada en el monte Horeb por la presencia de Yahvéh Dios que ha entrado en su vida urgiéndole para una misión: “Ardo en celo por Yahvéh, Dios Sebaot, porque los hijos de Israel te han abandonado...” (12). En muchos de sus escritos clamará también, con palabras propias de su siglo – polémicas y arrebatadas – contra los males de aquellos momentos: “Diríase que nuestro siglo ha heredado todas las miserias de sus antecesores. Ha acumulado todos los errores y herejías de todos los siglos, y con su naturalismo, racionalismo, liberalismo, sostiene, enseña y propaga toda maldad”. Y acaba – utilizando las mismas palabras de Santa Teresa – con esta queja profética: “No permitáis ya más daños en la cristiandad, Señor. O dad fin al mundo, o poned remedio a tan gravísimos males, que *no hay corazón que los sufra* aun de los que somos ruines. Dad ya luz a las tinieblas. Haced que sosiegue este mar. No ande siempre en tanta tempestad esta nave de la Iglesia y salvadnos, Señor mío, que perecemos” (13).

Este celo por los intereses de Jesús, nacido de su opción fundamental, fue en aumento hasta llegar a sus últimos días, cuando la muerte lo arrancó del mundo en plena actividad y con la energía suficiente para continuar su obra en medio de las dificultades.

El último artículo de la Revista de Santa Teresa, en enero de 1896, poco antes de su muerte, es una continua expresión de su alma ardiente y apostólica: “¡Oh Jesús mío y todas mis cosas! grabad vuestro divino nombre en mi entendimiento, en mi memoria, en mis labios, y sobre todo en mi corazón, para que no me acuerde más que de Jesús, no hable más que de Jesús, ni ame más que a Jesús...”. “No vaya yo de este mundo, Jesús mío, sin haberte amado y *hecho conocer y amar cuanto me es posible*” (14).

No quiero acabar este capítulo del gran apóstol sin transcribir el elogio de una fuente histórica muy directa. Se trata de unos apuntes que conservaba una hermana anciana: un Retrato de D. Enrique. Es anónimo, pero se sabe que está escrito por una de las primeras hermanas, testigos presenciales.

“¡Celo por la Gloria de Dios, la salvación de las almas! ¡Cuántas páginas podríamos llenar si probasen el celo que desbordaba su pecho! Pero como nuestro objeto sólo es apuntar los rasgos más salientes de su fisonomía moral, diremos únicamente que su vida apostólica fue la reproducción más fiel del sublime grito de amor que aquel corazón amantísimo de Jesús arrancó: “El celo de la Gloria de mi Padre, me devora”. “Fuego he venido a traer a la tierra, y ¿qué quiero Yo sino que arda?” (15).

### 1.2 GRANDEZA DE ALMA NACIDA DEL “TERESIANISMO”

#### 1.2.1. *Amor a Santa Teresa, un fuerte carisma*

Cualquier trabajo que sobre D. Enrique de Ossó y Cervelló se quiera realizar, es al mismo tiempo un estudio de teresianismo. De tal modo está impregnada su vida y su obra de la doctrina de Santa Teresa, que es imposible hablar de Ossó sin aludir continuamente a la mujer española que informó todo su ser y su actuar.

Se trata de algo carismático. Hablar de devoción a Santa Teresa es poco. Porque un entusiasmo tal, una dedicación tan plena de su vida, sus obras y sus escritos, no puede entenderse sin ese sello de lo profético que tiene la misión de Enrique de Ossó en el momento histórico en el que le tocó vivir.

Con Santa Teresa nos encontramos en la vida de D. Enrique desde sus primeros años. Es verdad que sus encuentros son fortuitos y nada explican ese entusiasmo creciente hacia la Santa. Él mismo nos cuenta en sus Apuntes autobiográficos cómo entró en contacto con sus Obras porque de estudiante, en el Seminario, “el Dómine Sena, (era) muy devoto de Santa Teresa de Jesús, y *él empezó* sin duda a despertarme la devoción a la Santa. Nos contaba muchas de sus gracias y sus virtudes. Mi tía María me dio las obras de la Santa que había publicado la Librería Religiosa porque me decía que ella nos las entendía. Pero lo que más despertó mi devoción a la Santa fueron los viajes que hice a Benicasim...” (16).

Estos hechos hubieran sido meramente anecdóticos si no fuera por ese fuerte carisma al que hemos aludido y que marcará todo su apostolado.

De tal modo es esto real que su obra apostólica puede llamarse con razón “teresiana” sin necesidad de hacer referencia en particular a alguna de ellas. En todas, el mismo signo. Tienen siempre en su raíz, en sus medios y en su fin la renovación del espíritu cristiano del siglo XIX con el contagio de aquel alma de la Contrarreforma que aún tenía garra después de cuatro siglos.

Asomarse, en especial, a sus escritos es asombroso. Parece llamado a una misión: dar a conocer la doctrina espiritual que tan a fondo conocía. Fue un verdadero erudito en la materia. Como asegura el Cardenal Primado de España, D. Marcelo González en su obra "D. Enrique de Ossó o la fuerza del sacerdocio", "no había en España un sacerdote que conociera tan a fondo y se hubiese tan íntimamente asimilado las admirables obras de Santa Teresa, como el Siervo de Dios" (17).

Quien conozca a la gran Santa de Ávila comprenderá que la Doctora mística, en medio de su vida contemplativa puede ser por su espíritu y por sus escritos, la guía de un hombre de acción que encuentre en sus enseñanzas la fuerza necesaria para entregarse al apostolado. No en vano la misma Teresa cuando describa los últimos peldaños de su ascenso, las séptimas moradas, hablará de la verdadera eficacia en el apostolado: Allí se juntan Marta y María: "Esto quiero yo –dirá en las séptimas moradas – mis hermanas, que procuremos alcanzar y no para gozar, sino *para tener estas fuerzas para servir*, deseemos y nos ocupemos en la oración". "Su manjar es que de todas maneras que pudiéremos lleguemos almas para que se salven y siempre le alaben" (18).

La contemplativa infundirá su espíritu apostólico a D. Enrique desde el centro mismo de su fuerza motivadora: desde la inquebrantable adhesión a Cristo.

### 1.2.2. Las virtudes teresianas, virtudes eminentemente apostólicas

Muchas son las virtudes que se exigen en un apóstol. Aunque realmente – como ocurre con todas ellas – el poseer una en grado heroico supondría poseer las demás. Bien resume San Pablo la virtud que se le pide al servidor de Cristo: "que sea hallado fiel" (19). Pero esta fidelidad está llena de exigencias que por supuesto matizarán los distintos carismas a que Dios llama.

Me atreveré a señalar como virtudes apostólicas aquellas que me parecen eminentemente teresianas y que alientan a su vez las obras del gran Apóstol Enrique de Ossó.

- Humildad.
- Confianza ilimitada en Dios.
- Fortaleza de ánimo.

*Humildad.*- El apóstol debe persuadirse de que, en todas sus obras, en su postura radical de vida, es un mero instrumento. He ahí la diferencia que en la práctica puede darse entre un *proselitismo* que muchas veces nace del afán de poder, del protagonismo o del espíritu de partido, pero que puede estar muy lejos del auténtico apostolado como *misión*.

El apóstol de Cristo debe estar dispuesto a morir, a desaparecer, a "menguar para que Él crezca" (20).

En Santa Teresa la humildad es fundamento y base de todo el edificio espiritual. Y Enrique de Ossó la recogerá como una de las virtudes fundamentales para cualquier obra apostólica: "Si cuanto más alto es un edificio, - les dirá a las hermanas de la Compañía – más profundo y sólido debe ser su fundamento, deseando que la Compañía de Sta. Teresa de Jesús sea el edificio más alto que se ha elevado y elevarse pueda *a la mayor gloria de Dios* y a mirar por la honra de Jesús y su Teresa, debe ser la obra más humilde de todas" (21).

El edificio que apostólicamente eleva Enrique de Ossó, como pronto vamos a ver, necesita muy hondas raíces, muy fuerte fundamento. De lo contrario, peligraría. Tendrá ocasión el apóstol de sufrir en su propio ser y en su obra una serie de ataques que la harían tambalear si no fuera porque estaba enraizada en la humildad. Amenazada de hundirse la más querida de sus actividades apostólicas, su ánimo permanecerá tranquilo porque sabe que "la humildad es andar en verdad" y nada puede temer mientras ésta reine en sus obras y en su corazón. "No habiendo pecado, nada temo", dirá. Y cuando no sea aceptada su postura, humildemente, *se retirará*.

Estoy ateniéndome solamente al ejercicio de la humildad como virtud eminentemente apostólica. Es precisamente en este campo en el que D. Enrique supo desaparecer para dejar paso, en primer lugar a "la Santa de su corazón", como dirá muchas veces y que ocupará el lugar central en toda su acción apostólica. Ella dará nombre a sus instituciones y movimientos apostólicos y aun después de muchos años, a menudo el nombre de "teresianas" con el que se conoce a las hermanas de la Compañía por él fundada no se identifica con aquel que le dio vida e infundió su espíritu. Precisamente porque supo asimilar tan bien el de la Santa de Ávila que en él se perdió para dar vida a la obra.

Y sobre todo, al ser Cristo el centro de su actividad, el móvil de su apostolado, la figura del "servidor fiel" será sólo el instrumento. Por eso cuanto más humilde y sencilla sea una *obra*,

más la amaré y esperará de ella porque podrá resplandecer mucho más la acción de Dios. A las hermanas de una fundación de muy humildes comienzos les diré: “No sé por qué os quiero tanto, mis hijas en el Señor y por qué pienso tanto y espero tanto de esa fundación. ¿Será porque ha empezado humilde y pobrecita...?” (22).

Otro de los rasgos que caracterizan la humildad del apóstol es la sencilla adaptación y el reconocimiento de los éxitos y logros que no atribuye a la acción “del que siembra ni del que siega, sino del que da el crecimiento”. Por eso exclamará contemplando la extensión de lo realizado un año después de fundar uno de sus más fuertes movimientos de juventud:

“Estamos contentos porque nuestra Asociación de Hijas de María Inmaculada está fundada ya en muchos pueblos y va dando frutos de bendición en muchas almas...”.

“Estamos contentos porque a pesar de haber nacido nuestra humilde revista en plena Revolución (octubre de 1882) que es lo mismo que decir en circunstancias las menos favorables, y más aún, hostiles a toda publicación religiosa...va creciendo este grano de mostaza en el corazón de la España católica...”.

Estamos contentos porque ya tiene lectores la Revista en Francia, Italia, Bélgica, Inglaterra, Portugal, América y Filipinas...” (23).

Este fue el motivo fundamental de aquella paz de espíritu gozosa y equilibrada que poseyó en medio de todas las tempestades de su azarosa vida apostólica. En una serie de artículos que publica en la Revista de Santa Teresa, desde abril hasta agosto, sobre “La Humildad de corazón de Sta. Teresa”, termina con unas palabras que pueden ser la clave de esta paz que constatamos:

“Seamos, pues, humildes de corazón como Santa Teresa de Jesús y siendo nuestras obras agradables al humildísimo Corazón de Jesús gozaremos de perfecta paz”.

*Confianza ilimitada en Dios.*- Sólo “los pobres de Yavhé”, los humildes, los sencillos pueden vivir plenamente la confianza como virtud operativa. Y digo operativa porque suele ser precisamente la fuente inagotable de su acción que, de humana e intrascendente se convierte en divina y sobrenatural. Son los grandes milagros de la gracia a los que tantas veces cerramos la entrada por nuestra mediocre confianza en Dios, los que pretendemos ser apóstoles.

Un grito de Santa Teresa que sería “slogan” de gran fuerza en D. Enrique abrirá el camino de esta exposición: “Esperar y veréis grandes cosas”.

La frase tiene su origen precisamente en una llamada apostólica al corazón de Teresa. Nos habla de ella en el capítulo primero de las Fundaciones: una visita que lastimó su alma y la dejó en carne viva. Pero esos dolores de Teresa son siempre principio de grandes obras. Es el misionero P. Fray Alonso Maldonado que viene de las Indias – legendaria tierra de heroísmos para aquellos hombres del siglo XIX – y le habla de “los muchos millones de almas que allí se perdían” (24). La suya, de apóstol, se enciende más con aquella plática del franciscano. “Yo quedé tan lastimada de la pérdida de tantas almas, que no cabía en mí. Fuime a una ermita con hartas lágrimas; clamaba a nuestro Señor suplicándole me diese medios cómo yo pudiese algo para ganar algún alma para su servicio...”. “Represéntoseme el Señor de la manera que suele, y mostrándome mucho amor, a manera de quererme consolar, me dijo: *Espera un poco, hija, y verás grandes cosas*” (25).

Este hecho fue para Teresa el origen de la extensión de su Reforma que se había iniciado 4 ó 5 años antes en San José de Ávila.

Enrique de Ossó llevará también en su alma el estigma de aquellas palabras de Teresa que serán su fuerza y su aliento en toda la actividad apostólica.

El tema, de suyo daría lugar a un amplio trabajo si quisiéramos hacer referencia a las numerosas citas, acontecimientos y actitudes que descubren la confianza ilimitada de Ntro. Padre Enrique de Ossó.

Creo que puede afirmarse sin temor a exagerar, que no hay escrito suyo que no habla de algún modo de esta virtud derivada de la fe y de la esperanza. En las cartas, uno de los más ricos depósitos de su espiritualidad, son numerosísimas las citas.

Cuántas veces las palabras de ánimo del Padre serán las que impulsen una obra que parecía venirse abajo. “No os apuréis, - les diré a las hermanas de Tarragona en momentos críticos – hay un Señor que tiene empeñada su palabra y no faltará en tiempo de necesidad. Si sois lo que debéis, Jesús y su Teresa proveerán. Pues no faltaba más. Tened confianza, repito, que Dios proveerá- Cuidado de faltar en la fe viva, *que hace alcanzar grandes cosas de Dios*” (26).

Esa es la clave de su constante ánimo apostólico: la fe ilimitada en aquel “que tiene empeñada su Palabra”.

De nuevo la virtud *apostólica* de la confianza que alentó a la Fundadora carmelita a recorrer los caminos de la Reforma, contagiara a su apóstol para llevar a cabo su misión carismática.

*Fortaleza de ánimo.*- En la ciudad amurallada de Ávila, lo simbólico parece jugar un papel perfectamente estudiado por cualquier dramaturgo de “vanguardia”. Más que un recurso bélico, en el mundo de la técnica y del consumismo, unas murallas románicas con sus fuertes torreones y sus almenas recortadas en el transparente cielo de Castilla, son un precioso símbolo. Parece decirnos claramente con la fuerza del elemento icónico al que ya nos tiene acostumbrados la publicidad: ¡fortaleza! Y aquella mujer que en su recinto vio la luz primera un 28 de marzo de 1515 podría encarnar perfectamente el símbolo que la construcción, hoy anacrónica, nos presenta.

Sería lamentable, sin embargo, que junto al anacronismo de las murallas, nos encontráramos con el de la fortaleza como virtud cristiana.

Y en el siglo XIX aquel hombre que lejos de los torreones castellanos bebió en las fuentes de la recia espiritualidad teresiana, realizó en su vida la *virtud apostólica* que no podía quedar en el símbolo y en el recuerdo.

Es una consecuencia lógica de las dos posturas anteriores. La humilde confianza en el poder de Dios es lo único que puede salvar nuestro apostolado de frecuentes desánimos y frustraciones. Y fue ahí precisamente donde pudo resaltar la extraordinaria fortaleza de Enrique de Ossó: “De ciencia propia declaro que la fortaleza del Siervo de Dios – dirá una de las primeras hermanas de la Compañía – era invencible cuando se trataba de la *Gloria divina*. En esos casos para él no había obstáculos, afrontaba todo sacrificio y nada le arredraba. Las dificultades que se le ofrecían las miraba como una señal de que aquella obra era grata a Dios” (27).

De esta virtud de la fortaleza nacerá su maravillosa constancia en las obras que empiece a mayor gloria de Dios. Realmente las contradicciones parecían enaltecerle más. “Contradicción de buenos”, cuando eran sus amigos los que fallaban. Y cuando no se sabe de dónde vienen las dificultades, mejor; “el demonio que quiere hacer gran mal” (28). “Yo me río a veces, al ver cómo se arregla todo mejor de lo que podíamos pensar... Sólo observo que cada vez que hacemos ejercicios, se levanta seria persecución...” (29). Así reciben las dificultades en el apostolado los hombres de Dios.

Pero no sólo será la confianza una virtud que anime y aliente su espíritu y su actuación. Él mismo se convertirá en un apóstol de la confianza o de la *magnanimidad*, empleando el cultismo de la Santa Madre. Y el motivo es bien claro: “La virtud que más inculca Santa Teresa a sus hijas es la magnanimidad. Todas las palabras y obras de la Heroína española tienen el sello de esta virtud. Se observa en todos sus dichos y hechos una grandeza de miras que espanta a los hombres más eminentes en santidad y sabiduría” (30).

Y la fortaleza de la Madre tendrá que contagiarse en todas y cada una de las personas en quienes influya.

Para los niños inculcará el educarles en la voluntad y renunciamiento para que desde los primeros años se vayan conquistando a sí mismos: “Sin la firmeza y constancia de la voluntad nunca se harán grandes cosas” (31).

A las jóvenes les hará un llamamiento a la generosidad y a la valentía propia de los corazones fuertes: “Vosotros sois las que debéis decidir si la familia y el individuo y por consiguiente la sociedad entera han de ser de Jesucristo. Como sé que los pechos españoles son guerreros y esforzados y que bajo los delicados miembros del sexo débil late un corazón de fuego capaz de grandes empresas, os propongo mi plan bajo la forma de batalla” (32).

Y en fin, a todos aquellos a quienes se acercaba, les infundía ese ánimo esforzado que Teresa de Jesús sabe tan maravillosamente expresar con su lenguaje lleno de redundancias y exageraciones: “Una muy grande y muy determinada determinación de no para hasta llegar al fin, cueste lo que costare, murmure quien murmurare...” (33).

### 1.3. LA “CIRCUNSTANCIA”, MÓVIL INMEDIATO DE UN APÓSTOL

#### 1.3.1. *Un momento de controversia*

No fue solamente una situación históricamente difícil la que le tocó vivir a D. Enrique. Casi todas las épocas tienen sus claroscuros y dificultades. En un movimiento dialéctico – si nos apoyamos en ese aspecto de la visión hegeliana – hay momentos antitéticos que marcan

no tanto una dificultad mayor cuanto una actitud de *crisis*. Esto es precisamente lo que creo que caracteriza a la década de 1860-1870 en que inicia su apostolado Ossó. Crisis en el pensamiento más que en la acción. Inestabilidad y eclecticismo fruto de una tradición de fuertes raíces y de unas corrientes europeizantes que inauguran los momentos cumbres de lo que ya ha dado en llamarse “el problema de las dos Españas”.

Sin duda, políticamente es uno de los más agitados nuestro siglo XIX. Las inexperiencias de algunos gobernantes, las intrigas de sus camarillas, los pronunciamientos, los continuos cambios de gobierno, la lucha de partidos, hacen de este siglo una tarea difícil para el análisis de los historiadores.

Pero es en el campo de lo social, donde se está fraguando ya la revolución industrial que se había iniciado en los años 30, y ahora, con el incremento de la industria textil catalana, aumenta.

El eco del Manifiesto que en 1948 se dejó oír en toda Europa, iniciaba también de alguna manera la postura que durante tantos años iba a dividir el mundo en encarnizadas luchas de clases.

Por otra parte, las doctrinas del liberalismo derivadas de los enciclopedistas, habían tomado carta de naturaleza en el mundo de los intelectuales. Situaciones complejas, sin embargo, mantenían unas fuertes divisiones internas y polémicas que se reflejan en el mundo de la literatura. Por una parte y como consecuencia lógica de la pobreza de España frente a las grandes potencias europeas, se da una tendencia EUROPEIZANTE con el deseo de incorporarse a ese progreso industrial. Y por supuesto con la aceptación de la visión del mundo que tenían esas grandes potencias.

Por otra parte, lo que podríamos llamar CASTICISMO, afirmación de nuestra “casta”, de las grandes riquezas de nuestra tradición que han creado en torno una terrible “leyenda negra” de “integrismo”, “conservadurismo” y “oscurantismo”, por parte de muchos. Pero que no se puede negar que mantuvo una serie de valores que sin esa defensa y hasta enconada lucha ideológica, se hubieran perdido por completo.

Ya tendremos ocasión más adelante de estudiar las manifestaciones que en el campo de la cultura en general y de la Educación en particular, tuvieron un papel “circunstancial” de primera categoría en la obra apostólica de D. Enrique.

Basta ahora asomarnos al momento histórico, inquieto e inestable en la política, conflictivo en lo social, polémico en la ideología.

El laicismo, sobre todo, será la manifestación más peligrosa de un proceso lícito de laicización que venía dándose hace siglos y que ahora desembocaba en un intento de negación absoluta del elemento religioso en las expresiones públicas y del Estado.

1868. La llamada “Gloriosa” había estallado. El destronamiento de aquella pobre reina tan buena como inepta. Inmediatamente, libertad de cultos, de imprenta, de enseñanza, de sufragio universal...etc. Todo esto podía ser solamente una postura de apertura democrática como tantas otras de la Historia. Pero sabemos muy bien, por experiencia, cómo “estrenamos” los españoles estos periodos aperturistas. Enseguida los partidismos, las manifestaciones callejeras de posturas que por ser contrarias no son respetadas mutuamente y provocan desórdenes y separaciones. Y toda esta secuela que conocemos tan bien por experiencia. Se expulsa a los jesuitas, se derriban iglesias, se asaltan Colegios, el populacho se lanza a las calles y se aprovecha de los disturbios para sus reivindicaciones particulares.

Durante esos años Enrique era el joven sacerdote que, recién estrenada su tonsura ejercía sus primeros ministerios y ocupaba la Cátedra de Matemáticas en el Seminario de Tortosa. Allí se fue entrenando su corazón generoso a la vista de un panorama que le hubiera parecido desalentador a cualquiera.

Una anécdota de la vida de D. Enrique nos hablará de este síntoma del laicismo que hemos visto, hasta exageraciones que podrían parecernos poco serias si no conociéramos el trasfondo ideológico que las motivó.

En 1870 el Ayuntamiento de Tortosa ordenaba que los serenos gritaran al dar las horas: “Viva la Soberanía nacional”. Hasta aquel momento, siempre se anunciaba con un saludo sencillo de la Virgen, tan tradicional como bello: “Ave María Purísima”. El laicismo llegaba hasta esas pueriles prohibiciones.

### 1.3.2. Los más dañados: los niños

Enrique de Ossó vive confinado en una pequeña pero activa población catalana: Tortosa.

Y fue allí precisamente, y en las circunstancias históricas que acabamos de reseñar brevemente, donde trazó su plan de conquista. El joven sacerdote iba a empezar con acierto pastoral por el campo más necesitado, que convertiría a su vez en arma de batalla.

Realmente los niños son las primeras víctimas de las Revoluciones. Ellos son lo que la familia y la sociedad les hacen. A la persona madura no le daña en su interior más que su postura frente a la verdad y al bien. Pero el niño está en un proceso inicial de su personalidad que debería ser respetado como un tesoro por aquellos que le rodean.

En Tortosa, como en el resto de España, los niños vivían el terrible influjo de una sociedad en crisis. Siempre he pensado que el mayor daño que se puede hacer a un niño es arrancarle del goce sencillo y transparente de lo religioso. Podrá después tener experiencias riquísimas, pero sin la evocación de un pasado infantil lleno de resonancias y alegrías, sentimentales si se quieren, algo le faltará siempre.

Ese misterio maravilloso de la niñez que se abre a todas las influencias, lo intuyó D. Enrique como el medio eficaz de su apostolado en aquel momento crítico. Empezaría por los niños.

### 1.3.3. *Clave de la reforma: la juventud*

No podía hacerlo solo. Y confió en la porción más rica de ideales y entusiasmos para la acción. “A vosotros jóvenes, - dirá San Juan – os he escrito porque sois fuertes y la Palabra de Dios permanece en vosotros” (34). Todas las reformas han tenido esta clave maravillosa que da empuje a una obra.

Se rodeó de una juventud sedienta que podía secundar sus planes de acción. Vio en ella un camino abierto. Confió plenamente en su capacidad de entrega.

Pronto vamos a asomarnos a esa prodigiosa vida activa que llenará durante muchos años de fuego teresiano y cristocéntrico a los pueblos de Cataluña y Levante. Los jóvenes de todas las épocas están sedientos de Dios. Unas veces lo ignoran. No hay quien se lo diga. Otras, intentan apagar su sed bebiendo en “cisternas agrietadas, incapaces de retener el agua”. Pero cuando alguien sabe gritar a su oído la llamada a la generosidad y les muestra el atractivo de aquello para lo que han sido creados, los jóvenes responden. Y se llenan de nuevo las iglesias de oraciones fervorosas, las calles de sonrisas esperanzadas y la sociedad de promesas fecundas.

Enrique de Ossó podía llegar al corazón de la juventud porque confiaba en ella. Y nadie llega a una meta que no crea alcanzable.

Con un puñado de jóvenes comenzará la reforma de Tortosa. Con otro, una obra que prolongará durante más de un siglo con el espíritu de aquellos principios generosos.

### 1.3.4. *“Organicémonos”*

Unas palabras del Papa Pío IX a un grupo de peregrinos españoles, dieron pie a D. Enrique en diciembre de 1876 y en los meses siguientes a una serie de artículos interesantísimos para un plan de pastoral en momentos difíciles. Las palabras del Papa eran las siguientes: “La unión y concordia entre los muchísimos buenos, sería un obstáculo inmenso al progreso de los malvados, que les obligaría finalmente a retroceder” (35).

Esta división de “buenos y malos” hoy – con muchos años de diálogo y apertura por delante – nos puede parecer extraña y hasta rechazable. Pero hay que leer la historia con postura histórica. Dándole el sentido y el valor que en su momento pudo tener. Yendo al fondo de la cuestión, el consejo es admirable y de gran actualidad.

Enrique de Ossó supo sintetizarlo bien en aquel acertado título que dio a sus artículos: “organicémonos”. En realidad se trataba de las mismas palabras de Cristo: “Los hijos de las tinieblas son muchas veces más prudentes que los hijos de la luz”.

Lo que en este momento nos interesa, al estudiar la figura de Don Enrique como apóstol, es que su sentido práctico – lo tenía por temperamento y herencia – le fue muy útil a la hora de emprender su acción apostólica.

Realmente es un defecto del que tenemos que acusarnos en no pocas ocasiones. A la hora de actuar con “garra” y sentido de eficacia, nos encontramos muchas veces en triste desequilibrio con respecto a otras fuerzas, llamémoslas “contrarias”.

A Don Enrique no le faltó creatividad ni riqueza de recursos, propios desde luego de la espiritualidad decimonónica la mayoría de las veces, y con una sorprendente actualidad, otras. Pero en todas sus obras esa base fundamental que puede concretarse en su grito: “ORGANICÉMONOS”.

Trataré de sintetizar brevemente los principios fundamentales de esa organización apostólica. Hay que tener en cuenta que se trata de una obra de “celo” y por lo tanto la

prudencia humana jugará un papel de simple instrumento. La primacía la tiene por supuesto la Gracia.

Organización es en primer lugar UNIÓN. Pero esto requiere una estructura que puede canalizar aquellos elementos esenciales que la realicen. Don Enrique parte de la base de que una estructura, por muy reglamentada que esté, acusa la fiebre de leyes, reglamentaciones, planificaciones de su siglo, ¿qué diría del nuestro?, sin un espíritu que vivifique todo ello, es letra muerta, ineficaz. Pero tampoco podemos caer en una bella utopía: la de suponer que no sean necesarias las leyes y la organización por la buena voluntad de todos: “Aunque se dice que para los justos no hay ley y que donde está el espíritu del Señor ahí está la libertad, es para significarnos que el justo, él mismo es la Ley viva, práctica que trae escrita en las tablas de su corazón. ¡Oh si todos los católicos fuéramos justos! No habría necesidad de leyes o reglamentos para estar bien organizados” (36).

Norma práctica para empezar a organizarse es lo que hoy llamaríamos “aggiornamento”. Resulta curioso que viera claramente algo de tanta actualidad: a tiempos nuevos, medios nuevos. Lo expresa así Don Enrique: “Reconocemos que cambiadas las circunstancias, debe modificarse la regla de conducta, así como con los nuevos inventos y armas de guerra, ha tenido que cambiarse la táctica militar” (37).

La gran “novedad” esencial que advierte, es la postura del Estado laico que ya no cuida” y vigila en el aspecto religioso. Ahora los católicos deberán cuidarse y organizarse ellos mismos. Advertimos que era ya el comienzo de un proceso hoy mucho más radicalizado. Pero Don Enrique sabe que el auténtico católico no se puede mantener inactivo, en estériles lamentaciones. “No se nos oculta que esta situación nueva, nos impone deberes nuevos”.

El primero, puesta ya la base de la unión, es la elección de BUENAS CABEZAS. Sin que las personas que dirijan los movimientos apostólicos sean prudentes y eficaces, la organización cae por su base. De ahí la importancia de las elecciones, en cuyo método no se mete.

No es necesario que sean muchos. Aboga por la “intensidad”, la calidad más bien que el número, la “extensión” (38).

Deben de tener, tratándose de un trabajo apostólico, una serie de cualidades que traspasen los límites de la simple prudencia humana, por otra parte, imprescindible: “Es obra de Dios la organización católica de que tratamos, y no se debe jamás perder de vista lo que dice el Señor: que si Él no edifica la casa y custodia la ciudad, en vano se fatigarán los que trabajan por edificarla y custodiarla” (39).

Sus cualidades, en este sentido evangélico, serán:

- *verdad* y valentía para manifestarla siempre, sin dejarse llevar por corrientes o temores. Huyendo de toda hipocresía o adulación.
- capacidad de fundarse en *razones sobrenaturales*.
- *sencillez* y *confianza* cristiana.

En segundo lugar, es preciso buscar gente dispuesta que salga del anonimato en que vive con fidelidad su postura cristiana y se disponga a *unirse* para una acción conjunta... Es el principio de todos los movimientos apostólicos que tanta fuerza han tenido en nuestro siglo. “Ha de haber almas escogidas para llenar este fin cumplidamente – dirá -. La dificultad está en topar con ellas para hacerlas salir de la oscuridad apacible en que moran, viviendo la vida oculta en Cristo, en Dios” (40).

Han de ser almas de *oración*, de espíritu de fe.

Este será el primer empeño a la hora de organizar sus actividades. Todas, desde las que llevará a cabo con los niños, hasta la más ambiciosa de sus empresas, vendrán selladas por la oración. Ya tendremos ocasión de verlo. Será el gran apóstol de ella.

El argumento es irrefutable: las obras apostólicas nacen para dar la vida de Cristo a los demás, y “si los que se entrometen como instrumentos, como medios para comunicar esta vida de Cristo, no la tienen en sí, por no tener oración, y por consiguiente por no estar unidos a Cristo, no habrá virtud divina...” (41) y mal podrán darla a los demás. La obra fácilmente parece, porque “no tiene vida propia, no le alienta y vivifica el espíritu de Dios”.

Y por último, es necesario contar, a la hora de emprender una obra apostólica, con una gran dosis de *espíritu de sacrificio*.

Es condición indispensable para perseverar en ella. No bastan los entusiasmos y generosos arrebatos iniciales. Sin saber afrontar las dificultades de “comodidad, tiempo, intereses materiales”, no se puede llegar hasta el fin.

### 1.4. ORIGINALIDAD Y ACTUALIDAD DE SU SENTIDO APOSTÓLICO

#### 1.4.1. *La mujer en el seno de la familia y de la sociedad*

Estimo que la más fuerte novedad en el plan apostólico de Don Enrique, está en la fe inmensa de deposita en la mujer, instrumento que él juzga de primera necesidad para la reforma que pretende. Fue su carisma del teresianismo el que le llevó de la mano a esta visión de la mujer.

El argumento es sencillo. Una de esas intuiciones de las almas grandes, que a cualquiera no acostumbrado a mirar las cosas desde la órbita de la fe y la confianza en Dios, pudiera parecer simplista. La sociedad tiene su base en la familia. Y para Enrique de Ossó el corazón del hogar es la mujer. A ella hay que encaminar los esfuerzos de reforma, cuando se quiere renovar la sociedad. “Mejorando el corazón, el principio, todo está mejorado” (42).

Enrique cree que la mujer desempeña un papel central en la Historia Humana y especialmente en la de Salvación. “Corazón de la familia, reina del hogar doméstico, dulce encanto de la sociedad...El mundo ha sido siempre lo que le han hecho las mujeres” (43).

Uno de los mayores elogios que hace de la mujer, se dirige principalmente a estudiar su papel en la historia de la Salvación. En todo tiempo, la Providencia de Dios ha asociado a la mujer a los grandes sucesos de la Humanidad. Ella fue con Adán el principio y origen de todos los males, y ha sido con Jesucristo la cooperadora, la iniciadora de todo bien.

Por la mujer entró en el mundo el pecado, la fatiga, la muerte, convirtió el paraíso con su fatal desobediencia en un valle de lágrimas, y por la Mujer vino, así mismo, la Gracia, la dicha, la vida, la paz, haciendo de este destierro una antesala del cielo (44).

Pero Don Enrique no mitificó a la mujer ni su papel en la sociedad. Sobre él ejercían influencia, sin duda, una serie de afirmaciones seculares de carácter antifeminista o fruto de una literatura misógina.

Hablando de su educación dirá: “La mayor parte de las mujeres, ha dicho La Bruyère, no tienen principios fijos, sólo se guían por el corazón, por las impresiones del momento, y como éstas se suceden con suma rapidez, de ahí la vaciedad, o mejor, la inconstancia en todas sus cosas.

Estos principios fijos son los que necesitan las mujeres para adquirir perfecta educación...” (45).

Con esta base de un conocimiento de la psicología femenina, y una fe en su poderosa influencia social, empezará su gran obra.

#### 1.4.2. *Modelo de Mujer: Teresa de Jesús*

Pero es aquí donde radica su novedad. En haber sabido encontrar el prototipo de mujer para encauzar todo ese potencial que puede llevar hacia el mayor desastre, o la salvación del mundo. De su formulación dependerá.

En Teresa de Jesús ve el modelo *asequible y español* de la mujer, a la hora de formar a esas madres de familia que sean *el corazón de la sociedad*. Y Teresa de Jesús, a quien él conocía tan perfectamente, poseía esos valores capaces de transformar la sociedad como lo hizo en su siglo, pero en un campo nuevo que las circunstancias exigían en el siglo XIX.

El sello del “españolismo”, al que Enrique de Ossó se siente aferrado por la riqueza de sus tradiciones, pero sin extremismos que le impidieran abrirse a influencias favorables del exterior, cree que puede darlo la que considera modelo de mujer española: Teresa de Jesús.

Después de hablar de María Inmaculada, como modelo supremo y universal de mujer, dirá: “Pero además, por una bendición especial del cielo, tenemos en nuestra España ejemplos más accesibles de virtud, vamos al decir, en otra virgen bendita que de un modo admirable *llenó en esta vida la misión de la mujer*” en la seráfica Madre Teresa de Jesús, la que por sus escritos, llenos de celestial sabiduría, como afirma la Iglesia, y por los ejemplos de su vida, es el más acabado modelo de la mujer católica, y por sus costumbres y sus gracias características, la que mejor representa el tipo de la mujer española” (46).

Si “el mundo ha sido siempre lo que le han hecho las mujeres”, vayamos a la renovación de la mujer. Llenaremos con ello un doble cometido: formar un “ejército aguerrido” de jóvenes que sepan ser ellas mismas el fermento de la sociedad desde el *corazón*, y preparémoslas para *educar* a la niñez.

Este fue el pensamiento de un hombre gigante que no escatimó esfuerzos para llevar a cabo la gran ilusión de su vida: “Restaurar en Cristo Jesús todas las cosas”.

### 1.4.3. Con el instrumento en la mano, la educación de la niñez y juventud.

Y entramos aquí de lleno en lo que hemos llamado su originalidad y actualidad. Sí, con el instrumento en la mano, con el “corazón” de la sociedad, y el gran apóstol habrá que realizar su misión apostólica. En los capítulos que siguen veremos esta misión en sus actuaciones concretas. Ahora vamos a detenernos solamente en el apóstol, en su visión estratégica, llamémosla así, nacida de aquel fuego que le devoraba: el celo por la gloria de Dios.

La mujer. Era preciso reformarla desde la base y hacer de ella el instrumento adecuado. Y la enseñanza, aquella primera intuición de su infancia, vuelve ahora hecha realidad y acción. Enrique de Ossó será sobre todo y en todas sus obras, el MAESTRO, el educador. Si se dedica de un modo especial a la mujer, es precisamente por esa visión que hemos señalado, por el papel privilegiado que le señala en la sociedad. Pero su apostolado – porque eso será siempre para él la educación – girará en torno a la gran consigna: “Formar a Cristo Jesús en la mente y en el corazón”. Y mediante esa renovación interna de la persona, hacer que Cristo reine en la sociedad.

¿Por qué de nuevo la mujer en la mente del educador? Por esta clara intuición: “Educar a un niño es educar a un hombre; educar a una niña es educar a una familia” (47).

Porque su celo apostólico, su deseo de la salvación de las almas, le lleva a buscar los medios que él cree más eficaces: “es una de las más excelentes obras por la salvación de las almas”. “Es imposible que haya buenas madres, dignas esposas, si no se forman y educan buenas hijas” (48).

“En medio de la multitud de males que cercan a nuestra Patria, no desconfío de su salvación mientras haya madres católicas. La mujer es como el sacerdote de la familia, la reina del hogar doméstico...” (49).

\*

He intentado presentar en esta primera parte de mi trabajo la figura de Enrique de Ossó como el gran apóstol del siglo XIX, que, desde una opción radical por Cristo, se esfuerza por poner todos los medios a su alcance para extender el Reinado de su conocimiento y amor.

Voy a presentar, a partir de este momento, el despliegue extraordinario de fuerzas, que constituye su apostolado. No se juzgue más importante. Sin entender la raíz profunda de donde brota, la actividad, sorprendente desde luego, se reduciría a una mera acción humana como la que otros muchos han realizado en la historia con sentido de responsabilidad y eficacia.

La labor de un apóstol, si lo es, por ser enviado de Cristo, es todo eso y mucho más. Es la manifestación de un amor “fuerte como la muerte” que se desborda en acción en virtud de un carisma recibido. Es una gracia de Dios.

## 2. LOS NIÑOS, UN PUNTO DE PARTIDA

### 2.1. DE LOS SUEÑOS INFANTILES AL ENTUSIASMO DE LA JUVENTUD

Pudiera haberse quedado todo en un bello sueño infantil. Muchos niños han querido ser maestros por imitar esa influencia que ellos juzgan decisiva en los que les forman y educan.

Pero en Enrique de Ossó se hicieron realidad. Y esta realidad se despertó entusiasta en un momento clave: la juventud. Es verdad que su vocación al sacerdocio había roto, en cierto sentido, con aquella profesión que en su infancia constituía el único móvil: “ser maestro”. Pero su deseo de enseñar tenía ahora unos cauces distintos. Quería llevar a los niños por el camino que él había descubierto “solo y por caminos difíciles”, como dirá explicando su huida a Montserrat. En efecto, aquellos sueños de su infancia habían tropezado con la postura realista y “eficaz” de su padre, que se oponía a una carrera tan poco prometedora. El catalán acomodado quería para su hijo una actividad comercial mucho más rentable. Por eso recuerda sus terribles dificultades a la hora de buscar y hallar el centro de su existencia. Su huida a Montserrat es fruto de aquella incomprensión. “Os busqué solo en mi mocedad” – dirá al hablar de aquellas conversaciones con la Virgen en su huida – “Solo y por caminos difíciles llegué a vuestros pies”. “A las gradas de vuestro trono sentí revivir en mi pecho recuerdos dulcísimos de mi cristiana madre... Creí, deseé y amé lo que nunca debía haber olvidado. El recuerdo de la Madre del cielo despertó en mí el recuerdo de la madre de la tierra, sus ruegos, sus santos consejos, sus buenos ejemplos...” (50).

Aquí encontramos la clave de aquella primera energía juvenil que va desplegar con los niños. No quiere que llegue “solo y por caminos difíciles”. Les dará la mano para que

encuentren la felicidad que él ha hallado en Dios. Suplirá si es preciso la labor de una madre que debería guiarle como lo hizo la suya. Más adelante está ahí precisamente el deseo de su futura acción. De momento el fervoroso seminarista de los primeros cursos, se limitó a organizar de un modo rudimentario e improvisado, unas catequesis en su pueblo natal, que en las vacaciones de verano, atraían a todos los chiquillos de Vinebre. Aquel joven estudiante daba sus primeros pasos en el apostolado, acercándose los niños, como Jesús. De ellos iba a aprender una gran lección, que aprovecharía en su labor apostólica del futuro: que ellos, los niños, tienen la fuerza de la debilidad.

### 2.2. LOS NIÑOS FUTURO Y ESPERANZA, PERO TAMBIÉN PRESENTE Y TESTIMONIO

Y empieza su sacerdocio. 1867. Un año después estallará la Revolución, conocida con el nombre de *La Gloriosa*. Ya hemos hecho referencia en el capítulo anterior a la circunstancia histórica. En esos momentos críticos Enrique, el joven sacerdote, sale al campo apostólico dispuesto a realizar su gran ideal.

Su primer contacto fue con los adolescentes: profesor de Matemáticas en el Seminario. Pero el apóstol no podía quedarse sólo con el trabajo de la Cátedra. Allí ejercía su vocación infantil de maestro, pero debería también atender a su grito entusiasta ante la Virgen: “Será siempre de Jesús, su ministro, su apóstol, su misionero de paz y amor” (51). Buen momento para empezar su tarea de misionero de paz y amor. Cuando su patria y su ciudad arden en fuegos revolucionarios. Y tropezó de nuevo con la mirada de los niños. La fuerza de su debilidad. ¡Por ellos encontraría el camino para renovar Tortosa – la Diócesis a la que pertenecía – y España entera!

Habló con el Obispo Dr. Vilamitjana, y empezó a organizar su plan de acción.

En los niños veía Ossó, precisamente en aquel momento, una doble tarea apostólica: llegar a ellos, a sus almas sencillas y abiertas a la verdad, porque ellos son el futuro y la esperanza de un pueblo. “Porque afianzar lo porvenir es triunfar de lo presente, - dirá en el prólogo del “Viva Jesús”, un libro de meditación para los niños – fijamos hoy nuestra preferente atención y cuidado de estas almas inocentes, para fijarnos luego también en las de mayor edad y rogamos que atiendan con esmero y rodeen de exquisitos cuidados a estas tiernas y delicadas flores” (52).

Y quería también otra cosa: que los niños fueran, ellos mismos, un instrumento de renovación para los mayores. Su testimonio infantil tenía mucho que decir aun a los mayores que se dejaban vencer por la evidencia de sus postras inocentes, pero verdaderas.

### 2.3. LA CATEQUESIS: SU ORGANIZACIÓN

#### 2.3.1. *Conquistando a los mayores*

Esa fue la primera revolución del apóstol. El barrio de pescadores en Tortosa sabe de su labor renovadora con los niños: por las calles de la ciudad se dejaba oír la voz de los pequeños apóstoles. Y el barrio fue transformándose: “En el primer año de la Revolución, en que no había Catequética, - explicará Don Enrique – no podía salirse por las calles sin oírse canciones las más provocativas e insinuantes contra la Religión y sus ministros. Pues bien, recórranse ahora las mismas calles y no se oirán más que canciones religiosas y santas...” (53).

Enrique de Ossó sabía perfectamente el influjo que un movimiento infantil puede tener a la hora de cristianizar la sociedad. Y en las Catequesis encontró el campo apropiado para llegar donde hubiera sido imposible hacerlo de otra manera.

Por este motivo, cuando se propuso su plan de acción, como buen estratega, observó el punto más vulnerable y a la vez más eficaz en aquellos a quienes pretendía “hacer conocer y amar a Cristo”.

En primer lugar, sabía, como observador atento del movimiento histórico, el interés que otras fuerzas “contrarias” tenían por trabajar en el campo de la niñez y juventud. Se lamentaba del escándalo que recae sobre los pequeños, tan duramente recriminado por Cristo. Y advertía una manera muy solapada de “escandalizar”, propia, por otra parte, de una sociedad laica. Aquella de la que se habla en el Evangelio y se dio por parte de los discípulos: No dejar que los niños se acerquen a Cristo.

Además advierte que la sociedad laica o sin Dios, requiere una cura desde su base o raíz. De ahí que viera Ossó en el Catecismo un medio eficaz de renovación. Son elocuentes los argumentos que emplea en su “Guía práctica del Catequista”: “La Catequesis es el medio más eficaz para civilizar y cristianizar a los pueblos”. “El Catecismo, así como es la última esperanza de regeneración de un pueblo, debe ser el primer cuidado de un celoso sacerdote”. “Los niños,

pues, y sólo los niños pueden regenerarla (a la sociedad)". "Este es el único secreto infalible para obtener una restauración social en nuestros días: el cultivar la inocencia, haciéndola crecer en la Ciencia de Dios y en el amor a la Religión" (54).

Y Tortosa fue dejando sentir el influjo sencillo de aquellos niños, que entusiasmados con las enseñanzas de Mosén Enrique, acudían cada día en mayor número a aprender el Catecismo y a realizar una tarea que ellos mismos ignoraban: cristianizar a su ciudad.

### 2.3.2. Organización y estructura

Lo que empezó como una intuición, nacida del celo de un apóstol, pasó a ser encargo expreso del Sr. Obispo, que comprobaba el celo arrollador del joven sacerdote.

El crecimiento fue asombroso y pronto requirió de una estructura organizada. El mismo Ossó lo explica en el prólogo de su "Guía práctica": "Empezamos con algunos jóvenes seminaristas tan santa obra, y a los pocos días reunimos como unos 500, entre niños y niñas. Siguió su marcha progresiva y, al despedirnos para ir de vacaciones, contábamos con cerca de 800" (55).

La organización tiene, desde los primeros momentos, las características de una obra perfectamente concebida, con su fin, sus medios y sus programas. Hoy, que la "planificación" y la "programación" tienen una importancia tan grande en las realizaciones de cualquier tipo, admira observar la reglamentación de su obra, concebida como una tarea eficaz en la formación y renovación religiosa.

Advierte, en primer lugar, cuál es el objetivo que se propone. Lo enuncia así en el Reglamento: "Tiene por objeto, la enseñanza y explicación metódica y continuada de la Doctrina cristiana a los niños de uno y otro sexo, para destruir la ignorancia, azote de la Religión y contrarrestar la propaganda del error y de la inmoralidad" (56).

Presenta después lo que hoy llamaríamos el Organigrama. Una Junta Directiva compuesta por:

- . Director
- . Vicedirector
- . Secretario
- . Tesorero
- . Bibliotecario

asignando a cada uno claramente sus funciones, elemento importantísimo de un Organigrama a la hora de actuar.

Los Catequistas tenían una serie de obligaciones que demuestran la capacidad directiva de su Fundador: preparación esmerada de las catequesis, el libro de registro de cada grupo en el que puedan anotarse los adelantos, comportamientos, etc.

Los Catecismos tenían una estructura que permitían el orden y la unión a pesar del número, que llegó a ser muy grande. Hasta 1.200 niños asistían en el segundo curso.

Dividido en tantas secciones como Parroquias. Llegaron a doce las Secciones en Tortosa. Cada Sección tenía un prefecto, un subprefecto y tantos catequistas, por lo menos, como clases o grupos. Estos grupos se formaban por edad o instrucción. Preferentemente se dividían teniendo en cuenta la preparación para la Comunión: los llamados "Catecismos de perseverancia", para los niños que la habían hecho. Los próximos a comulgar, para prepararse. Y los pequeños, a partir de cinco años.

Estaba también perfectamente reglamentado el trabajo y el modo de llevarlo a cabo.

Muy interesantes las reuniones semanales o quincenales de las catequesis, denominadas "sesiones": su plan tiene una actualidad sorprendente. Además de prepara al catequista, de llevar a cabo una labor conjunta, de unificar las líneas de acción y formación, tenían también la misión de "evaluar" el trabajo realizado en cada grupo. Se leía el Evangelio del próximo domingo y se comentaba, por uno de los catequistas, encargado de antemano para ello. Realmente no se diferenciaban demasiado estas reuniones de las que ahora tiene cualquier movimiento apostólico de actualidad.

No es de extrañar que el mismo Don Enrique, cuando exponga su obra en la "Guía práctica del catequista", sienta la satisfacción de unos logros tan extraordinarios: "A pesar de los tiempos calamitosos por los que hemos atravesado, han asistido, por término medio, todos los domingos mil niños a la Catequesis" (57).

Y son muchos mil niños para constituir esa fuerza invencible que tiene la "debilidad" en las obras de Dios. Tortosa se estaba empezando a renovar.

### 2.3.3. El Gran Catequista

Quiero terminar este capítulo, refiriéndome, al menos brevemente, a este aspecto, uno de los más relevantes de la personalidad apostólica de Don Enrique de Ossó.

Creo que una de las facetas más características y de sus apostolados más queridos fue esta de catequista. Si bien otros muchos aspectos de su gran obra le impidieron dedicarse más tarde de lleno a este trabajo, durante toda su vida será uno de sus principales desvelos.

Cuando, ya funcionaba su obra magna, la Compañía de Santa Teresa, ponga a su servicio la mayor parte de sus energías, seguirán siendo las Catequesis en los colegios y en las parroquias, uno de sus más grandes intereses.

Ya en los momentos de mayor actividad – hacia 1879 – lo vemos entusiasmado con un “Jubileo infantil” que llegó a reunir hasta 1.400 niños. Es curioso que semejante entusiasmo se dio un siglo antes de este otro “jubileo”, que celebramos en el Año Internacional del niño. Don Enrique era también por esa fecha el alma de aquellos fervores catequísticos:

“Tortosa debe dar mil gracias a la Asociación catequística – dirá en esa ocasión -. Sin ella, es lo cierto, la mayoría de los niños no conocerían a Dios... Si algunos gérmenes de renovación cristiana se observan en nuestra querida Tortosa después de la revolución atea, son gérmenes que las oraciones de los niños y niñas de las catequesis arrancaron de Jesús” (58).

Pero es en su “Guía práctica del Catequista” donde se revelan sus grandes dotes pedagógicas y su entusiasmo por un apostolado que algunas veces se menosprecia.

Dado el carácter general de este artículo, en torno al “Apostolado” de Don Enrique, no puedo detenerme en cada uno de los aspectos riquísimos de la Pedagogía del gran Catequista. Señalaré algunos hitos que pueden ser reveladores de su misión.

El punto de partida será el mismo para todo su quehacer pedagógico, como tendremos ocasión de ver en otro capítulo: Cristo, en el centro de la persona: en la inteligencia y el corazón. De ahí que el catequista tendrá que empeñarse en una tarea absolutamente cristocéntrica en la formación del pequeño catecúmeno: “revestirlo de los mismos sentimientos y afectos que Cristo Jesús tiene en su corazón” (59).

Esta labor no se puede realizar si no es por contagio, por testimonio. “Si para fin tal alto, para que enamore y cautive todo el afecto de la niñez, necesita herosear esta imagen, avivar su colorido e imprimirle animación, menester es que esa imagen divina de Jesús, se halle perfectamente grabada, esculpida, en el alma del catequista...” (60).

Es extraordinario el interés que en la “Guía práctica” dedica a este punto central y básico de su enseñanza. Realmente se adelantaba con mucho a la postura actual que en Pedagogía se adopta para la Educación en la Fe. Instrucción sí, pero sobre todo vivencia profunda, penetración en el misterio de Cristo que informe toda la vida del niño y le dé espíritu y vida.

La Catequesis parte de la Palabra de Cristo, de su Corazón. Desde allí irradia toda enseñanza: “Un corazón central, que es el de Jesucristo, reúne todo lo bello, lo atrae todo, lo vivifica todo. Es el Corazón de Jesús, el centro de los corazones cristianos quien los une, los purifica, los mueve y los obliga a caminar hacia la justicia, la luz y el amor” (61).

La Catequesis tiene, a partir de este centro de irradiación, Cristo, un doble fin: instruir en las verdades y formar en la piedad y en la práctica de buenas obras. No hay separación entre el conocimiento – formación de la inteligencia -, el sentimiento – la piedad de corazón - y la voluntad que lleve a una actuación recta.

En cuanto al *método* que el buen catequista debe emplear, la pedagogía de Enrique de Ossó se manifiesta en esta obra, nacida de su vivencia personal, como una fuente preciosa de iniciativas y experiencias.

La *observación* será el punto de partida. Deberá atender a lo que el niño dice y piensa para captar sus centros de interés. Y esto no se logra en los niños si no es con brevedad y concisión. “Para enseñar con fruto a los niños las verdades de salvación es menester que el catequista agrade a sus oyentes y les cautive su ánimo. Ara lograr este resultado es indispensable sean sus instrucciones *breves, claras* por su exactitud y *amenas*” (62)

*Claridad* en el pensamiento y en la dicción. De ahí la importancia que da al “hecho sensible” en el que debe siempre aterrizar el catequista, pues el niño entiende poco de símbolos, figuras o abstracciones. “Cuando pueda fundar mi explicación en un hecho sensible, conocido de los niños, seré mejor comprendido” (63).

La *amenidad* tan necesaria para crear esos *centros de interés* en el niño, quiere Ossó que se logre mediante la explicación de cuentos, ejemplos, parábolas. El sencillo método que el mismo Cristo empleaba para su auditorio popular.

A estos métodos, que podríamos referir a la *formación* o conocimiento teórico, añade una serie de observaciones para lo que hoy llamaríamos “educación en la fe” o formación práctica para la vida.

A esto está precisamente encaminado todo conocimiento catequético: a lograr la perfección. “La santificación de los niños debe ser, pues, el fin al que el catequista dirige sus esfuerzos”. “Debe ante todo el catequista, como buen médico, conocer el corazón de los niños, con sus vicios y virtudes para curar aquéllos y ayudar a éstas en su completa perfección” (64).

Los *medios externos* tendrán también su importancia para la Catequesis. Una serie de normas prácticas ayudarán a la formación integral del niño en su educación de la fe. Todas estas normas están minuciosamente estudiadas por Enrique de Ossó con ese detalle que le caracteriza. Es interesante observar la importancia que da a ciertos aspectos que ha revalorizado mucho la Pedagogía moderna: por ejemplo el canto, el diálogo, las representaciones.

Para terminar utilizaré las mismas palabras de D. Enrique en su conclusión a la guía práctica. Son un índice claro de su entusiasmo por la renovación de los métodos en la enseñanza del Catecismo para lograr mejor sus objetivos y rechazar la rutina que empobrece: “No se os pide los pongáis (se refiere a los medios que propone) en planta todos, de un solo golpe desde el primer día; sino que probéis su bondad, y salgáis de la rutina que se estaciona y no quiere salir del carril; que ni tan siquiera admite la posibilidad de algún progreso, de alguna mejora en la enseñanza del Catecismo...y fastidia a los niños que lo abandonarán o al Catequista que mira como una carga pesada y modestísima el estar con la niñez y suspira porque llegue la hora de despedirlos con mal humor, gritos e impaciencia” (65).

#### 2.4. LOS REBAÑITOS, UNA ORGANIZACIÓN DE PEQUEÑOS APÓSTOLES

Por cuestiones literarias – siguiendo el esquema lógico que me he propuesto en este trabajo – tengo que romper en cierto sentido el orden histórico de los hechos, para seguir refiriéndome al apostolado entre los niños. Pero es preciso estudiar el origen de esta nueva obra de celo apostólico: “Los Rebañitos del Niño Jesús”.

Hoy el nombre puede llamarnos la atención por su tinte decimonónico. Pero las obras, en sus matices externos principalmente, son hijas de una época y de un gusto. Prescindamos pues de nuestra apreciación del nombre y vayamos al contenido apostólico.

Tengo que referirme, solamente de paso, a una de las obras más queridas y de mayor volumen durante la vida apostólica de D. Enrique: La Archicofradía de María Inmaculada y Teresa de Jesús. Su gran apostolado con las jóvenes. Ya tendremos ocasión de penetrar en él. Es sintomático y un claro índice de su entusiasmo por la juventud femenina el hecho de que nacieran de esa asociación otras dos obras: Los Rebañitos y la Compañía de Sta. Teresa. Los primeros, como una necesidad de plantar desde los comienzos, para que luego pudiera encontrar ahí el grupo de jóvenes comprometidas que necesitaba. La segunda, para perpetuar una labor que exigirá ya la consagración exclusiva y definitiva.

Los hechos fueron los que crearon la estructura. Primero la realidad. Luego, la organización. Las obras que nacen así suelen tener un sello de autenticidad carismática. Para contar con una falange de jóvenes renovadora, Ossó se dio cuenta de que necesitaba cultivar grupos de niñas – las más selectas y capaces de las Catequesis – que fueran formando su espíritu para comprometerse después en un cristianismo más auténtico.

Así nacieron los Rebañitos, que no logran un estatuto propio hasta muchos años después. Están ya en los colegios de la Compañía de Santa Teresa, que para 1881, fecha en que se publica el Reglamento, tienen 5 años de existencia.

“Hora es ya – dirá en el prólogo del Reglamento – mis amadas niñas en Jesús, de *organizar* vuestra pequeña grey, o mejor, de daros por escrito lo que acostumbráis hacer ha algunos años para vuestra mutua salvación y santificación, con gran contentamiento de Dios, de los ángeles y de los hombres, a quienes estáis hechas edificante espectáculo” (66).

De nuevo aquí su cristocentrismo, aquella *opción radical* de la que hemos partido y que infundirá espíritu a todas sus obras: “Como todo mi afán es enamoraros de ese Niño Dios..., como mi único deseo es que sea Jesús conocido y amado por todos los corazones, y en especial por los vuestros que se distinguen por su candor, de aquí que todos los medios que en este Reglamento os ofreciere, serán medios fáciles, sencillos, prácticos, que os ayudarán a conseguir tan altísimo fin” (67).

Y éste es, desde luego, apostólico. Formar un grupo de pequeñas apóstoles que sean “las primeras en conocer y amar al Niño Jesús, y hacerle conocer y amar por otros corazones, tomando por modelo a María, José y Teresa de Jesús” (68).

Aquellas niñas fueron desde el primer momento uno de los intereses más grandes y una de las más conmovedoras esperanzas del P. Enrique de Ossó. En sus oraciones confía cuando más necesitado se siente: “no sólo habéis de hacer valer vuestra oración – les dirá a las hermanas de la Compañía – sino principalmente la de las niñas, hermosos e inocentes angelitos, a quienes eduquéis” (69). En sus cartas son muchas veces objeto de interés y de alegría: “Va librito para que arregléis el Rebañito en forma que se hagan muy santos esos pequeñuelos y oren por mí. Mucho deseo verlos y veros” (70).

El régimen y la organización de estos Rebañitos es también una muestra de su espíritu práctico y de su eficacia apostólica. Parece adelantarse al trabajo de “equipos” que tantos frutos cosechará en los tiempos modernos. Formando “coros” de 6 ó 12 niñas, ayudadas por una “celadora – una niña algo mayor que ellas – se reunirán para aprender, fundamentalmente, a hacer oración y a proponerse el cumplimiento del Reglamento. Los coros estarán coordinados por una “Pastorcilla”, joven generalmente de la archicofradía, que será la “dirigente” de los grupos en la Parroquia o Colegio. Al frente de todo el movimiento, un sacerdote.

Ya tenía pues una pequeña falange organizada que se extendería por numerosos pueblos de Cataluña primero y de toda España después, con ese entusiasmo con que las obras del gran apóstol Enrique de Ossó entraban en los hogares, en las parroquias, en las ciudades, sedientas de una renovación en aquella sociedad amenazada del siglo XIX.

### 3. MUJERES A LO TERESA DE JESÚS

#### 3.1. JÓVENES “COMPROMETIDAS”: LA ARCHICOFRADÍA DE MARÍA INMACULADA Y TERESA DE JESÚS

##### 3.1.1. *Un proyecto con “garra”. Comienzos y exigencias. El “Llamamiento”.*

Ya hemos visto la importancia que nuestro apóstol da a la mujer. En ella ve el germen de renovación que España necesita. Y empieza por las jóvenes. Su entusiasmo y su idealismo ha sido siempre el aliado de las grandes empresas.

Han de ser ellas las que vuelvan a despertar a su nación del letargo religioso en que vive.

En octubre de 1873, a un grupo de 300 jóvenes reunidas en la iglesia tortosina de San Antonio, les dirige unas entusiastas y fervorosas palabras, que habían de despertar el entusiasmo de un grupo, pequeño en principio, pero escogido.

Acababa de nacer en el seno de la Iglesia un movimiento femenino de restauración cristiana.

El proyecto había sido concebido en la mente y en el corazón de aquel hombre cristocéntrico que sentía apremiante en su ser la llamada a renovar la sociedad de su tiempo.

Y cuando las empresas brotan de un fuego apostólico sincero, tienen la “garra” suficiente como para prender en los corazones nobles. Su mensaje la tenía. Ahora iba a ser la mujer, con su influjo y su valor la que debía propagarlo. “Formar el corazón de la mujer española en el molde de Teresa de Jesús, copiar su fisonomía, hacer que reviva su imagen en las católicas españolas” (71), ese fue el proyecto y esa quiso que fuera la maravillosa realidad de unas jóvenes que saliendo de su vida mediocre, saltaran las barreras de lo fácil, para lanzarse a la aventura de descubrir a Cristo y gritarlo con su palabra y su vida a los hermanos. Y esas jóvenes, con la fuerza de su cristocentrismo, serían ahora el instrumento eficaz para una tarea que en Enrique de Ossó va caracterizando todas sus obras: *hacer conocer y amar a Jesús*. Las palabras que dirige al Señor Obispo de Tortosa, expresándole su proyecto, tienen en la actualidad una fuerza extraordinaria para mover a la juventud generosa de todos los tiempos: “Queremos que siendo ellas miembros vivos de la Iglesia, injertadas en Cristo, como el sarmiento en la vid, continúe y eficazmente influya el buen Jesús su virtud y gracia en sus corazones; que vivan en Cristo, estén unidas en Él íntimamente en caridad, vivan su vida, en una palabra, le conozcan y le amen; le hagan conocer y amar” (72).

La exigencia fue precisamente el atractivo más grande para su obra. La mujer, esperanza y promesa para Enrique de Ossó, ganada para la causa de Cristo por el único camino que a Él conduce: “la puerta estrecha”. Pero la mujer con una característica que el apóstol del teresianismo no tenía más remedio que imprimirle: el de la mujer española que supo escalar las cumbres de la perfección: Teresa de Jesús. “Un mundo hecho por vosotras, formadas según el modelo de la Virgen María, con las enseñanzas de Teresa, no podrá ser sino un mundo de santos” (73).

Cronológicamente, después de la “batalla del Catecismo”, fue el primer proyecto renovador de Don Enrique. Y fue Teresa de Jesús quién le inspiró. Él mismo lo cuenta en el Reglamento de la Archicofradía: “Todas las obras de Dios tienen por lo común humildes principios, y el haberlos tenido nuestra humilde archicofradía, nos hizo creer que era obra de Dios. Corría el año 1873, y con él un torrente de perversión y desenfreno...”. “Cumplíase al pie de la letra aquel grito desgarrador de Santa Teresa: “Estáse ardiendo el mundo, quieren tornar a sentenciar a Cristo...y meditando este grito de alarma, resolvíamos llevar nuestro granito de arena para formar un dique a tan devastador aluvión fijando nuestra consideración en la juventud católica femenina” (74).

“He aquí la idea: formar un ejército aguerrido de jóvenes cristianas, que bajo la dirección de María Inmaculada y Teresa de Jesús, las dos capitanas invencibles, peleasen en defensa de sus divinos intereses” (75).

Y en la iglesia de San Antonio un grito de renovación fue el “Llamamiento” a la generosidad de aquellas 300 jóvenes...”bajo las banderas de estas dos esforzadas capitanas, os invita a militar el que os ama en Jesucristo y aspira a salvar a España y al mundo, salvándoos a vosotras” (76).

Así, con figuras de banderas, capitanes y milicias, empieza su llamamiento.

Utilizando dos alegorías o símbolos, manifiesta su esperanza en la mujer renovadora que necesita. El fuego de la caridad que debería abrasar a la tierra según el deseo de Jesucristo, está apagándose en esta Europa alejada de Dios. Pero hay unas cuantas brasas ocultas, que esperan un soplo que las reavive, una mano que eche combustible para encenderlas de nuevo. Esa mano, ese soplo, serán las jóvenes formadas en el teresianismo.

El otro símbolo se lo da precisamente la Santa Madre en uno de sus escritos. Es el castillo o ciudad amurallada de buenos cristianos, que fortalecidos en él, pueden más que muchos soldados si son cobardes. Las armas para defender ese castillo serán la oración y la lectura de las obras de Santa Teresa.

Esta es la renovación de espíritu que Enrique de Ossó quiere para la España de su tiempo: jóvenes, que formadas según la doctrina teresiana, sean fermento en la sociedad.

Pero es la respuesta personal la que se exige. Los cristianos, siguiendo el ejemplo de Cristo que jamás trae a la fuerza, sino que *atrae* con su llamada en la libertad, no deben actuar por consignas impuestas desde fuera. Deben siempre responder desde su generosa postura interior. Pero el que quiera; el que no, puede seguir en su cobarde indiferencia. Es una opción. Y aquel grito de Enrique de Ossó a las 300 jóvenes de Tortosa: “¿habrá alguna que no responda al llamamiento?”, dio por resultado un pequeño grupo de siete jóvenes con las que empezó el día 15 de octubre en la iglesia del Seminario, aquella empresa de juventud, que al final de año contaba ya con 700 asociadas y llegó a tener hasta 130.000.

Era un auténtico movimiento de apostolado seglar en el propio ambiente. “No se trata de que entréis monjas, ni de cargaros con nuevas obligaciones o de imponeros duros sacrificios; no se trata sino de que *seáis cristianas de veras* y de facilitaros los medios para serlo” (77). En el hogar, en el taller, entre la gente del pueblo, en cualquier momento ser cristianas de veras.

### 3.1.2. *La oración, un fuerte puntal apostólico*

Vinculado a esta obra está uno de sus más característicos afanes: el “Cuarto de hora de oración”. Escribió para su Archicofradía y con ese título, un libro de meditaciones que se extendió rápidamente por toda España y en el que se han alimentado gran parte de la juventud piadosa de finales del siglo XIX y de generaciones sucesivas.

Pero más que al libro, quiero referirme al “apostolado del cuarto de hora de oración”, como él lo llamará. Veo en este empeño un acierto, incluso psicológico. Podría inculcarse la oración mental diaria de un modo menos concreto. Tal vez hoy día nos choca ese ajustamiento a los 15 minutos. Y sin embargo sé – por propia experiencia, porque yo he tenido desde mi infancia el influjo de este apostolado – que el ceñirse a un rato fijo es un buen ejercicio de la voluntad. Para un principiante los minutos de oración suelen hacerse horas. Con facilidad se dejaría enseguida. El obligarse a un periodo de tiempo, libra de ese peligro. Era tal la importancia que le dio D. Enrique, que llegó a asegurar el cielo al que lo practicara: “Dadme un cuarto de hora de oración diaria y yo os daré el cielo”. Al menos introduce en ese maravilloso mundo del trato íntimo con el Señor.

En la Archicofradía será el compromiso central, su arma para luchar en la renovación del mundo. En la reseña que él mismo hace del día de la Inauguración solemne de la Archicofradía, acaba diciendo: “Ánimo, ánimo. Oración, oración, hermanas mías” (78).

Será concebido precisamente para satisfacer la petición de las jóvenes de la Archicofradía: “Con vivas instancias me habéis pedido varias veces un librito que en pocas páginas os facilite el ejercicio importantísimo de la oración mental...No vacilé un momento en emprender este trabajo para satisfacer vuestra justa petición...”. (79).

La oración será también para la Archicofradía la que encienda en las jóvenes ese cristocentrismo que las caracterice: “el fundamento está todo en tener cada día un cuarto de hora de oración y meditación en la soledad” (80).

### 3.2. EN TODOS LOS EJÉRCITOS HAY SIEMPRE UNA “COMPAÑÍA DE PREFERENCIA”

#### 3.2.1. *De dónde brotó una “Inspiración”: el problema de la enseñanza. Maestras según el espíritu de Santa Teresa.*

Tenía ya en sus manos, trabajando para hacer conocer y amar a Jesús, a un puñado de jóvenes sinceras y entregadas que sabían poner en el centro de sus vidas a Cristo: mujeres a “lo Teresa de Jesús”.

Niños entusiastas que se empeñaban también consciente o inconscientemente en una tarea renovadora.

Pero ahora el gran apóstol abrigaba un doble objetivo: por una parte formar una “Compañía de preferencia” para aquellas jóvenes de su Asociación que deseaban una mayor dedicación al apostolado. Por otra, salir al paso del momento histórico que agudizaba uno de los problemas fundamentales de la sociedad: la educación de la niñez y juventud.

En cuanto al grupo de jóvenes, se había formado junto a él de una manera insospechada. Los designios de Dios tienen muchas veces comienzos que podrían llamarse casuales. Brevemente me remontaré a la historia: Doña Magdalena Mallol, Directora de un Colegio particular, en Tarragona, solicita la ayuda de D. Enrique: él podría proporcionarle un grupo de jóvenes entusiastas de la *enseñanza católica* para ayudar en su escuela. Ella, Doña Magdalena, se comprometía a costearles, mientras tanto, los estudios de Magisterio.

Don Enrique pronto encontró estas jóvenes; y empezaron llenas de entusiasmo y esperanza. Lo que no sabía él era la preocupación que estas jóvenes le iban a crear cuando sus deseos y las promesas de Doña Magdalena no se cumplieron después de varios meses. En su *mente* quedó pendiente la solución de un problema. Pero de su *espíritu* y de la gracia brotará una “inspiración”, que iba a quedar muy por encima de lo que sólo hubiera sido una solución al problema inminente.

De nuevo la llamada inicial de la enseñanza. Y ahora en un momento crucial. Era el año 1876. Giner de los Ríos acababa de fundar “La Institución Libre de Enseñanza”. La influencia del krausismo por obra de su gran defensor en España, Don Julián Sanz del Río, y las corrientes aperturistas y europeizantes que deseaban suplantar al frío catolicismo de la época, encuentran una manifestación institucionalizada y una concreción renovadora de la Enseñanza. Y un hombre de gran inteligencia y extraordinarias dotes pedagógicas, como fue D. F. Giner de los Ríos, había tomado ya la delantera en ese campo, el de mayor influencia que posee la sociedad.

No cabe duda de que la I. L. E. poseía principios y métodos no utilizados en la enseñanza española y precursores de la Escuela Nueva.

Su afán de educación integral, en una época de fuerte intelectualismo, sus ensayos de coeducación, su prioridad a los principios de libertad frente al autoritarismo. Su atención a la orientación profesional, la auténtica comunicación alumno-profesor, el desarrollo de la creatividad, por no enunciar más, son otros tantos valores que suponían un avance, en general ignorado en la mayoría de las escuelas estatales y privadas.

No pede negarse, sin embargo, desde el punto de vista de nuestra interpretación de la vida, que la aconfesionalidad, discutible en el campo universitario, es a todas luces excesiva en el de la enseñanza de los niños. Lo que en un principio fue libertad confesional, se convirtió a la larga en escuela sin Dios, o contra Dios (81).

Con la experiencia que la historia nos va proporcionando, hemos podido darnos perfecta cuenta de esta realidad. El interés que hoy – momento muy similar en los intentos de solucionar el problema de la enseñanza en España – tienen ciertas posturas “contrarias”, a formar una Escuela pública, aconfesional, es sintomático.

Enrique de Ossó penetró hasta el fondo de ese problema. La secularización de la enseñanza fue una auténtica preocupación para él. Y su espíritu enérgico y combatiente le llevará a emplear todas las armas necesarias. Su visión fue siempre clara en este aspecto: “Esta es la última de las secularizaciones – dirá en la Revista S. T. refiriéndose a la de la Enseñanza – pero la más trascendental, que corona el edificio de la revolución atea”.

“Hasta hoy la revolución veía que todas sus conquistas serían parciales, pasajeras, que poco o nada le servirían a sus planes de destrucción y exterminio, si no se apoderaban de las inteligencias por medio de la enseñanza” (82).

Y quiso luchar en el mismo lugar, pero con armas totalmente distintas. Hasta hoy también sus conquistas podían ser pequeñas. Era preciso perpetuar en el tiempo esa renovación de la infancia y de la juventud y en especial de la mujer en el seno de la familia. Había que dedicar los esfuerzos para formar a esas madres futuras que sacudieran la sociedad desde los cimientos.

Las fechas, los lugares, las horas, se convierten en relicarios de emoción y de recuerdo cuando han sido principio de obras fecundas. Para las hijas de la Compañía de Santa Teresa, las que recibimos como herencia riquísima aquel entusiasmo por la renovación de la infancia, la madrugada del 2 de abril de 1876, será siempre uno de esos relicarios. En esa hora y en la sencilla habitación de su domicilio, en Tortosa, el sacerdote apóstol, se desvela. Tres grandes ideas brillan en su mente: Mujeres a lo Teresa de Jesús, Maestras, Regeneración de España y del mundo.

Y brota, obra del celo y de la Gracia divina en conjunción admirable, aquella “*inspiración*” que fue el comienzo de la Compañía de Santa Teresa de Jesús.

El mismo Enrique refiere después su primer pensamiento, el más genuino a la hora de volver a las fuentes. Lo que quiso para la “Compañía de preferencia”:

“Y pensando, me ocurrió: o Congregación o Asociación con el título de Compañía de Santa Teresa de Jesús, que se dedicasen a la enseñanza para regenerar el mundo, educando a la mujer según el espíritu de Santa Teresa de Jesús” (83).

Aquella inspiración requería sólo una *respuesta*. El sacerdote se levantó, como Samuel ante la llamada y cerciorándose de la voluntad de Dios, dio el primer paso en toda obra: *querer*.

“Tanta impresión hizo en mí este pensamiento, que me obligó a levantarme de la cama, y tomando la pluma, escribí los siguientes borradores, que contienen *perfectamente* el plan de la Compañía de Santa Teresa tal cual lo hemos ido desarrollando en los cinco años que tiene de existencia esta obra de celo” (84).

Y convencido de que “Dios lo quiere”, “Jesús lo quiere” y “Santa Teresa lo quiere”, se decidió a comenzar la tarea que era para él una solución y un carisma. “...Formando maestras según el espíritu de Santa Teresa, en diez años se renovarían España. La cabeza buena, el corazón bueno, todo bien. Y no es tan difícil con el favor de Dios” (85).

Así, con el sello entusiasta de una confianza ilimitada en Dios, han comenzado las empresas apostólicas. Ahora se iniciaba también el remate de una postura inspirada en aquellas palabras que le movieron desde los comienzos: “Espera y verás grandes cosas”.

Aquel ejército “aguerrido” de jóvenes teresianas que hacía tres años escasos empezó la batalla y hoy se extendía por toda España, necesitaba también “una compañía al menos, de preferencia a las demás que se distinguiera en promover los intereses de Cristo”. Almas que “sean reales y animosas, que saquen la cara por su Jesús y se adiestren y dispongan por la oración, virtud y saber, para lograr fin tan alto. En una palabra, trabajen en medio del mundo por hacer el apostolado de la mujer fecundo en la mayor escala posible”. Y eso “formando su espíritu y su corazón, y su inteligencia al molde de la Santa Madre Teresa de Jesús, y alentadas por sus enseñanzas, extender luego el reinado del conocimiento y amor de Jesucristo por todo el mundo por medio del ejemplo y de la educación cristiana” (86).

Y de nuevo, con los símbolos guerreros de “compañía”, de “ejército”, de “armas”, Enrique de Ossó ha empezado su obra cumbre, en el gran esfuerzo renovador de la sociedad.

### 3.2.2. La consagración religiosa para un triple apostolado:

*oración, enseñanza y sacrificio. Un IDEAL y una MISIÓN*

Para un hombre apostólico, el IDEAL constituye la meta – no utópica, pero sí grandiosa – en la que tiene que poner siempre la mirada para trabajar sin decaer. Los ideales grandes han dado grandes hombres y grandes empresas, aunque para secundarlos sea necesario, como diría Santa Teresa “una muy grande y muy determinada determinación”. Cuando el ideal es la meta común de aquellos que son llamados a una misma empresa, constituye la base de su vida comunitaria. Lo que les une y hace caminar en la misma dirección.

Y desde el principio fue alto, ambicioso el IDEAL que Ossó propuso a sus hijas: “Compañía de preferencia que aspirará siempre a lo más santo, a lo más perfecto” (87). Desde el principio también queda claramente señalado que “los ideales de la Compañía deben ser altos siempre y en todas las cosas los que den por resultado práctico mayor aumento de los intereses de Jesús en cualquier parte del mundo” (88).

Y ese Ideal es, en definitiva, la fuerza poderosa que movió y mueve a la Compañía de Santa Teresa: Cristo y, por Él y para Él, RESTAURAR TODAS LAS COSAS.

Pero todo IDEAL, si es auténtico, lleva en sí la realización, el anhelo hecho obra, la MISIÓN concreta para la que se es enviado.

Desde que concibe la Compañía de Santa Teresa de Jesús, Enrique de Ossó tiene perfectamente clara su misión: “EXTENDER EL REINADO DEL CONOCIMIENTO Y AMOR DE JESÚS POR LOS APOSTOLADOS DE LA ORACIÓN, ENSEÑANZA Y SACRIFICIO”. Aparece de alguna manera esbozada en unos apuntes del 76, que contienen sus primeras ideas sobre la Compañía: “Se consagrarán al apostolado de la oración, de la acción y del sacrificio: esto es, a la oración y a la enseñanza” (89) con una curiosa identificación de sacrificio y acción, en la enseñanza. Y ya en 1877, en el Directorio Provisional, está perfectamente definida con la fórmula que hemos visto.

La MISIÓN, en su primer aspecto, la ORACION, es una consecuencia bien clara de aquel deseo apostólico que vemos guiar todas y cada una de sus obras: “Conocer y amar a Jesús, hacerle conocer y amar”. Y para conocerle y amarle, es imprescindible la oración, el “alma de la Compañía que le da vida de fe, su fundamento y sus sostén” (90). “Oración continua – les dirá – como presencia amorosa de Dios” y como consustancial a la vida. Pero sobre todo, oración como espíritu y como apostolado.

Las teresianas han de ser, no sólo almas de oración, sino maestras de oración. Será uno de sus principales apostolados, como corresponde a las hijas de la gran contemplativa. Por lo mismo deben estar preparadas para enseñar los distintos métodos de oración.

En cuanto a la ENSEÑANZA, será el instrumento fundamental para la regeneración del mundo: “la educación de la mujer, según el espíritu de Santa Teresa”. Por eso quiere que las que formen la Compañía, trabajen para ser santas y sabias. Y precisamente por esa importancia que ya hemos visto en capítulos anteriores que da Enrique de Ossó a la educación de la mujer desde la infancia, formando así familias que el día de mañana sean principio o base de la cristianización.

La tercera faceta de la misión será el SACRIFICIO. Abnegación imprescindible para poner todo el caudal de lo recibido “talento, salud, hermosura, prestigio, riqueza, todas las fuerzas y la vida toda, al servicio de lo que pueda promover en el mayor grado posible los intereses de Cristo” (91). Sacrificio que será vencimiento del propio yo para llegar a ser esas almas “varoniles y esforzadas” que quiere ver en las mujeres a lo Teresa de Jesús.

Sacrificio que está perfectamente ligado a la magnanimidad o grandeza de ánimo en las dificultades que todo apostolado trae consigo.

Y sacrificio que se hace desasimiento, desarraigo, disponibilidad, trabajo entregado, exigencia, formación constante, para las que han sido llamadas a “extender el reinado del conocimiento y amor de Jesús por todo el mundo” y que “han de estar dispuestas a volar a ocupar el lugar que la obediencia indicare, aunque sólo peligre la salvación de una sola alma” (92).

Esta fue la MISIÓN que Enrique de Ossó propuso a su Compañía de Santa Teresa, nacida de una radical opción por Cristo y sus intereses. Era el urgente grito de un apóstol a aquel pequeño grupo de jóvenes que un día del Corazón de Jesús de 1876 inauguraba una vida nueva en la Iglesia, consagrándola a Cristo “para seguirle a Él como a lo único necesario, oyendo sus palabras y dedicándose con solicitud a los intereses de Cristo” (93).

### *3.2.3. Formando a Cristo en la mente y en el corazón de la niñez y juventud*

Cuando Enrique de Ossó concibió el plan apostólico de su Compañía, se propuso llevarlo a la práctica con todas las garantías de eficacia. Su genio organizador no le permitía dejar en puros ideales o entusiasmos fervorosos, lo que con claridad había visto o intuido.

Transcurren pues, dos años de intensa preparación humana, científica y religiosa, antes de poner en marcha su proyecto. Comprende que el fin que se propone en el campo de la educación es demasiado alto, como para lanzarse sin estar a la altura. Por eso querrá que sus hijas se preparen “en el silencio y apartamiento del mundo, formando su espíritu y su corazón y su inteligencia al molde de la Santa Madre Teresa de Jesús, y alentadas por sus enseñanzas, extender luego el Reinado del conocimiento y amor de Jesucristo por todo el mundo, por medio del ejemplo y la educación cristiana” (94).

Sabe que el maestro enseña más por lo que es que por lo que dice, y desea para la Compañía esa formación de su espíritu, corazón e inteligencia que luego habrá de ser la base de su plan educativo.

Este aparece ya perfectamente definido en un artículo de la revista de Santa Teresa de agosto de 1879. Quiere dar amplia explicación sobre la Compañía, que tiene ya sus primeros

Colegios en Vilallonga y Aleixar (Tarragona) y presentar cuál es exactamente la misión que se propone. Es un artículo claro y definido del fin, los medios, las aspiraciones, la misión. Esta es, sin duda, educadora, pero con el matiz cristocéntrico inconfundible en sus obras. No tiene otra razón de ser que la de “formar a Cristo Jesús en las INTELIGENCIAS por medio de la instrucción. Formar a Cristo Jesús en los CORAZONES por medio de la educación” (95).

Hoy, cuando la situación pluralista de la mayor parte de los países, nos obliga a definirnos claramente y presentar nuestros IDEARIOS como exigencia de identificación ante la sociedad a la que prestamos el servicio de la educación, la clarividencia de aquel primer fin educativo tiene aún sorprendente actualidad.

En su “Apuntes de Pedagogía” – un proyecto inacabado de sus últimos años – recoge la experiencia de una larga trayectoria que había empezado sólidamente fundamentada. No ha cambiado en absoluto el fin que había propuesto en sus comienzos. La formación integral, que definirá como la tarea de “cultivar y ejercitar de un modo conveniente las facultades del hombre” (96), exigirá una serie de medios al servicio de ese hombre perfecto que ha de formar. Pero sabe que sin centrar sus esfuerzos en la plenitud de lo humano que por la Encarnación tenemos en Cristo, el hombre no llega nunca a realizarse, envuelto como está en oscuridades, “hasta el punto de sentirse como aherrojado entre cadenas”. “En realidad – nos dirá también el Vaticano II – el misterio del hombre sólo se esclarece en el Misterio del Verbo Encarnado” (97).

Por eso quiere que en los dos elementos fundamentales de la persona humana: su inteligencia y su voluntad, se forme esa imagen perfecta de Cristo, que hará del niño el hombre nuevo al que debe dirigir la mirada como meta todo educador.

No me toca a mí en este trabajo entrar en los maravillosos pormenores pedagógicos de la sensibilidad educadora de Ossó. Baste, en este campo del apostolado que estamos estudiando, admirar la sencillez de una fórmula que puede tener vigencia cien años después, como la tiene siempre lo esencial.

La educación cristiana sólo puede ser concebida desde ese punto de vista, esclarecido también por el Concilio, como formación “para vivir según el hombre nuevo en justicia y santidad de verdad, y llegar al hombre perfecto, en la edad de la plenitud de Cristo” (98). “La Iglesia, como Madre, está obligada a dar a sus hijos una educación que llene toda su vida del espíritu de Cristo” (99).

## 4. TERESA DE JESÚS EN EL CENTRO DE UNA GRAN AMBICIÓN APOSTÓLICA

### 4.1. MANIFESTACIONES RELIGIOSAS DE UN MOMENTO HISTÓRICO

Al hablar del apostolado de Enrique de Ossó hay que referirse, fundamentalmente a sus tres grandes obras, las que aun perduran y que durante un siglo de existencia, han venido manteniendo su espíritu y el carisma de su Fundador: El Rebañito del Niño Jesús, hoy puesto al día en el Movimiento de “Amigos de Jesús”, la Archicofradía de María Inmaculada y Teresa de Jesús, renovado con el nombre de “Movimiento Teresiano de Apostolado” – MTA – y la Compañía de Santa Teresa de Jesús.

Pero su actividad extraordinaria, no nos permite pasar por alto, aunque no se hagan más que breves alusiones, una serie de obras y realizaciones personales que muestran el fuego interior de un alma atenta sólo a “los intereses de Jesús”.

Hemos de asomarnos a los hechos con lo que yo llamaría respeto histórico. Muchas veces nuestras apreciaciones del pasado son injustas. El hecho de que poseamos una serie de factores nuevos, no debe impedirnos la interpretación justa de otros momentos históricos.

Nos ocurre demasiadas veces en el terreno de lo religioso. Algunas formas externas, manifestaciones de otros tiempos, están reñidas con nuestras expresiones actuales, tal vez más depuradas desde un punto de vista teológico y litúrgico. Pero no dejan de tener valor aquellos esfuerzos de nuestros antepasados por acercarse a las fuentes de espiritualidad. Y muchas veces deberíamos sentirnos culpables de haber arrancado al pueblo ciertas expresiones de su fe y no haberlas sabido sustituir por otras.

Tratándose de Enrique de Ossó, aquel sacerdote que de un modo carismático se había propuesto la renovación de España por la influencia de Teresa de Jesús, no es extrañar que todos sus trabajos apostólicos tengan siempre este sello del teresianismo.

Unas veces serán manifestaciones del fervor popular, que en aquel momento es el medio práctico y efectivo para conectar con el pueblo fiel: novenas, actos de desagravio, procesiones, solemnes celebraciones litúrgicas. Otras, será la formación de la cultura, por

medio de conferencias, escuelas dominicales, charlas o sermones. A veces, se rodeará de jóvenes o de hombres maduros, que influidos por su doctrina, formarán asociaciones de matiz religioso y orientador en un mundo descristianizado. Y en otras ocasiones, las “masas” se moverán aleccionadas por el gran apóstol, para realizar peregrinaciones a tierras de Ávila, a Roma o a Montserrat.

Pero siempre con un espíritu entusiasta y renovador, que sale al paso de las dificultades, que alienta y estimula al cambio, que no perdona esfuerzo ni sacrificio para predicar a “tiempo y a destiempo”.

Haré referencia a dos de sus asociaciones, que por circunstancias diversas, no se han prolongado en el tiempo: “la “Asociación de Congregantes de la Purísima Concepción, para labradores”, y la “Hermandad Josefina”. Pasando después revista a sus continuos viajes por los pueblos de Cataluña, especialmente, en donde el influjo de su palabra y de su presencia, sostuvo y animó las obras por él creadas.

En cuanto a la Asociación para los jóvenes labradores, se trataba más bien de un grupo de juventud sana, como suele haber en esos pueblos campesinos, que pudieran dedicar algún tiempo a la formación catequística o a la ayuda de los pobres. Tenían sus actos de piedad en la iglesia de San Antonio y amaban a la Virgen a la que obsequiaban con sus cantos y sus prácticas religiosas. Lo que ha constituido durante muchos años las Congregaciones Marianas. Y no cabe duda que con todos los defectos que hoy puedan achacárseles, hicieron un gran bien en muchos jóvenes sencillos.

Pero el ambiente campesino no era el único. Quiso llegar a todos los hombres, con los que formaría un grupo mucho más compacto y organizado. Fue en marzo de 1876 – año cumbre de actividad para Ossó – y precisamente bajo la advocación de un Santo muy teresiano: San José. “La Hermandad Josefina” quiere salir al paso, como todas sus restantes obras, a la descristianización del ambiente. Aquí se trataba de combatir – como dirá en la presentación de sus Estatutos al Sr. Obispo -, “el desorden en todas las cosas, el vilipendio del trabajo honrado, el olvido de la dignidad del cristiano, la profanación del matrimonio, la disolución de la familia, el abandono, en fin, o persecución de la Iglesia de Cristo” (100).

El *objeto* de la Asociación es muy sencillo: “facilitar a los hombres su salvación eterna por medio del cumplimiento de sus deberes cristianos, tomando por modelo al excelso patriarca San José” (101). Aparece por primera vez en la Revista Teresiana en julio de 1876 una “nota de prensa” – como llamaríamos ahora – sobre la Asociación. Se habla de su aprobación canónica en Tortosa y de sus primeras actividades. Contaba ya con 200 hombres, obreros en su mayoría.

De nuevo “los intereses de Cristo”, incrementados con la santificación del trabajo: “Tenemos para nosotros – dice Don Enrique en el artículo citado – que así como a Santa Teresa de Jesús está reservado en estos últimos tiempos regenerar a España por medio de la juventud femenina, educándola según su espíritu de fe, su oración y celo por los intereses de Jesús, a San José está confiada la salvación de los hombres, inspirándoles amor al trabajo y al cumplimiento de sus deberes cristianos” (102).

Podrá tener la Asociación, en sus realizaciones externas formas caducas que hoy carecerían de sentido y eficacia. Pero no cabe duda de que al fomentar el trabajo, con un sentido de justicia y de responsabilidad, estaba educando al hombre para su “compromiso temporal”, valor religioso que hoy ocupa un lugar de primer orden en la jerarquía variante de los tiempos.

Junto a las asociaciones, y para ellas, una prodigiosa actividad del sacerdote fundador, que viaja incesantemente de un pueblo a otro, organizando, animando, hablando...siempre impulsado por el celo apostólico que le da “alas como de águila para volar”. Como dirá Don Marcelo González Martín en su obra “Don Enrique de Ossó, o la fuerza del sacerdocio”, “los púlpitos y confesonarios de la mayoría de las parroquias de Tarragona, Lérida, Alicante, Valencia, Vich, son mudos testigos de su actividad evangélica, y su penetrante poder de captación de almas selectas” (103).

Y Teresa de Jesús en el centro de sus entusiastas jornadas. Las iglesias de Cataluña y de gran parte de España se llenan de cultos en su honor, gracias a la labor de Don Enrique. Y centenares de peregrinos se ponen en marcha para visitar su cuna y su sepultura. Pero, sobre todo, la doctrina espiritual de la que con el tiempo será proclamada Doctora de la Iglesia, proféticamente deseado por D. Enrique, empieza a ser conocida y a influir con su fuerza arrolladora en muchos corazones.

Sus escritos, una más de sus fecundas actividades apostólicas, contribuyen no poco a extender esta influencia más allá del ámbito que su persona física podía abarcar.

Fueron el instrumento necesario para muchas de sus obras, que al tener carácter de asociación, requerían Estatutos, Reglamentos, Documentos que les orientara en una línea y en un objetivo común, dentro de su espiritualidad específica. Pero además, las devociones que proponía para cada una de las asociaciones, encontraban un marco de expansión en los libros editados por él.

No me corresponde en este trabajo ocuparme de esta faceta de Don Enrique, pero quiero solamente hacer alusión a su extraordinaria tarea periodística especialmente, su labor en la Revista de Santa Teresa, fundada por él. Ahí se encuentra el más rico arsenal de toda aquella corriente de teresianismo que protagonizó sin duda, y sobre todo, el foco de irradiación de esa doctrina espiritual de Santa Teresa, que consideraba el más maravilloso alimento para las almas y el más fuerte vínculo de unión de todas sus asociaciones.

### 4.2. LA HERMANDAD TERESIANA UNIVERSAL

Uno de los más ambiciosos deseos apostólicos del sacerdote Enrique de Ossó, que nació del fervor religioso en torno a la figura de Santa Teresa. Precisamente en Alba de Tormes, en aquella magna peregrinación que había organizado en agosto de 1877.

Nace con un deseo; el mismo que anima a toda su acción: “Celar los intereses de Cristo por medio de Teresa”. Y se vincula, por expreso deseo de aquellos peregrinos que se hallaban reunidos en Alba, a tres ciudades españolas: Ávila, que se encargaría de promover el culto universal a Santa Teresa. Salamanca, sede de la intelectualidad, que debería estudiar y hacer útiles sus escritos. Y Tortosa, la ciudad que más se había distinguido en los últimos años por su devoción a la Santa, asumiría la responsabilidad de promover la imitación de sus virtudes. Se intentaba formar, no una asociación, sino algo así como una confederación con carácter universal, que pudiera extenderse por el mundo, unido por los mismos ideales teresianos. Tal vez demasiado ambicioso el deseo, necesitaba almas tan entusiastas como la de su fundador, para alcanzar las metas que le propuso. Y, a pesar de sus esfuerzos, quedó, como los “Misioneros teresianos” en un deseo o aspiración insatisfecha. Pero tuvo sus comienzos y fue índice de su extraordinaria fuerza creadora.

El *fin* era tan amplio como la Hermandad, pero debería ser matizado por las exigencias particulares. En general, se trataba de “beneficiarse de la doctrina teresiana”, para combatir los errores y herejías del momento, uniendo a “las más nobles y animosas (almas) a la gran celadora de la fe y honra de Cristo” (104).

En ella se encontrarían las obras ya fundadas, Rebañito, Archicofradía, Compañía, pero además, todos los que de algún modo quisieran unirse al final general, incluyendo ese otro proyecto inalcanzado “Los Misioneros de Santa Teresa”.

Creo que el acierto fundamental estaba en presentar un cuadro jerárquico de exigencias y motivaciones.

Para aquellos que les interesara cultivar el aspecto literario o artístico de la Santa, la Hermandad proponía el estudio y la difusión de sus obras. “En este concepto – dice en un artículo de la R. T. – ningún literato se desdeñará de formar parte de esta Hermandad, que le facilita recursos preciosos al ofrecerle es estudio de las obras inspiradas de Teresa de Jesús” (105).

Otros, gente sencilla y llena de ocupaciones, desearían tributarle culto, pero sin demasiadas exigencias, que no están hechas para todo el mundo. Para ellos la Hermandad tenía solamente una misión orientadora y su compromiso era mínimo.

Y por último, aquellos que deseaban llegar más lejos, “almas animosas y reales, hallarían en el castillo interior de esta Virgen, todo lo que pudieran desear para elevarse al más grande heroísmo, a la más íntima unión con Dios” (106).

Era una llamada abierta a la generosidad en sus distintos niveles. Era, sobre todo, el gran esfuerzo de Ossó por llevar hasta sus últimas consecuencias aquel entusiasmo que Teresa de Jesús había despertado en su ser, sin duda alguna como carisma divino para una renovación de su momento histórico.

## 5. CONCLUSIÓN: UN HOMBRE DE ACCIÓN APOSTÓLICA

### QUE SABE BEBER EN LAS FUENTES

#### 5.1. LA INAGOTABLE CREATIVIDAD DE UN APÓSTOL QUE SABE BEBER EN LAS FUENTES

“Todo ejercicio del apostolado, tiene su fuerza y su origen en la caridad”. “Cristo, enviado por el Padre es la fuente y origen de todo apostolado de la Iglesia” (107).

Al terminar este trabajo, quiero volver de nuevo a la raíz profunda de la que partí, para comprender la acción apostólica de Enrique de Ossó. Ahora puedo hacerlo con una nueva perspectiva. Contemplada su acción desbordante, las Asociaciones y obras por él fundadas, y esa cadena de posturas renovadoras que fueron naciendo de su apostolado, tenemos también la clave de su inagotable creatividad. El Concilio Vaticano II, un siglo después, nos asegura que la fuerza de todo apostolado es el amor. Y que sólo bebiendo en las fuentes de ese amor, Cristo, enviado del Padre, tiene sentido cualquier trabajo apostólico.

En Enrique de Ossó encontramos, junto al hombre de acción, al silencioso contemplativo, que lleno su espíritu de la verdad, es capaz de transmitirla. Y ahí, en la contemplación divina, es donde se halla la fuerza de su actividad humana. “El silencio es la morada de las almas grandes – dirá a las hijas de la Compañía – un medio muy eficaz para preservarnos de innumerables pecados y peligros, para elevar el alma sobre las ruindades de este mundo miserable, disponerla para oír la voz delicada del Señor, y recibir grandes secretos y gracias” (108).

Y en la oración silenciosa, su alma se fue agrandando a la medida de la capacidad divina, para ir convirtiendo su actividad en ese influjo poderoso que solamente poseen los santos.

Paralelamente a sus horas de acción, hay que atender a sus horas de contemplación, de serena mirada interna a la fuerza de su apostolado. Cristo va siendo cada día, con más intenso atractivo, el que llena su vida y la hace desbordarse en una acción apostólica llena de sentido.

Más cerca cada vez del fuego divino, se convertirá en padre y guía de aquellas que, junto a él, forman la porción más querida de su obra: la Compañía. Padre y maestro, desde su morada interior, será apóstol de apóstoles y no dejará de comunicarles lo que él sabe beber en las fuentes de espiritualidad.

Nunca un paso en su apostolado, sin que el hombre de acción se retire a orar para recobrar las fuerzas que van desgastándose en el continuo ajeteo de una existencia entregada a los demás.

Su fe viva, su oración, su confianza en Dios, son los fuertes puntales que le mantienen a salvo de horizontalismos que agostan el espíritu y hacen muchas veces de nuestras acciones cuerpos sin alma.

¿Cómo puede entenderse, si no es bajo este prisma, la paz inalterable de su espíritu en medio de tantas contrariedades como una vida apostólica lleva consigo? En los momentos más duros de su trabajo, cuando parecía perderse lo que tantos esfuerzos había costado, su alma se transparentaba tranquila y serena. Era la fuerza de Cristo la que le permitía contemplar la existencia terrena con una visión divina.

En sus últimos años se refleja cada vez más de modo admirable esta postura. “El justo – dirá en diciembre de 1893 – experimenta un gozo admirable del cielo. Los trabajos y vaivenes de la vida no perturban su paz, pues aunque el mar de las cosas humanas levante a veces sus olas embravecidas, el *centro* está tranquilo; sólo la superficie puede ser agitada; mas no el fondo, que Dios está allí dirigiéndole y gobernándole y dándole vida. Y Dios no se muda, aunque toso se pase” (109).

Sí, allá, en el centro del alma, en la más escondida de las moradas del castillo “en donde se dan los grandes secretos entre Dios y el alma” (110), la paz imperturbable del que había puesto su confianza en el Señor, era el signo de que su apostolado sabía nutrirse del alimento verdadero.

Teresa de Jesús, “la santa de su corazón”, había dado al apóstol la capacidad inagotable de entregarse a la acción sin perder jamás de vista lo que repetirá a las hijas de la Compañía continuamente: “Aquella vida de arriba es la vida verdadera. Sólo Dios basta. Sobre todo mucha oración y unión de vuestros corazones con Jesús. Esperad y veréis grandes cosas” (111).

Y ese fue el secreto del alma de Enrique de Ossó y Cervelló, que “en una noche oscura, con ansias en amores inflamada, salió, sin ser notada, estando ya la casa sosegada”...En la soledad de un monasterio franciscano, paradójicamente, el hombre de acción, dejó paso, en silencio, a una obra que prolongará en el tiempo, el fuego de su caridad desbordante.

1. "Apostolicam actuositatem", 1,2.
2. "Apuntes de las Misericordias del Señor". Notas autobiográficas publicadas en *Escritos de Enrique de Ossó*, III, p. 10 ss.
3. *Op. cit.*, p. 10.
4. *Op. cit.*, p. 27.
5. *Ib.*
6. "Tres florecillas a la Virgen de Montserrat", EEO III, p. 194.
7. Lucas, 2, 49.
8. "Cartas del Siervo de Dios Enrique de Ossó", Ed. S. T. J., Barcelona 1969. *Carta* 1, p. 9.
9. EEO II, p. 27: Constitución de la Cía., 4, 12.
10. Carta 462, Roma 23 junio 1894.
11. Jeremías 20, 7-9.
12. I Reyes, 19, 10.
13. "Desde la Soledad". R. T. Marzo 1889.
14. "Desde la Soledad". R. T. Enero 1896.
15. Retrato de N. Padre Fundador" por una de las primeras hermanas de la Compañía (Inédito).
16. "Apuntes de las Misericordias del Señor" EEO, III, p. 11.
17. "Don Enrique de Ossó o la fuerza del sacerdocio". D. Marcelo González. Ed. STJ, Barcelona 1967, p. 487.
18. Obras de Santa Teresa: *Moradas* 7, 4, 14.
19. I Corintios 4, 2.
20. S. Juan 3, 30.
21. *Constituciones de la Compañía*, cap. XIII, art. 62. EEO, II.
22. Carta 447: *Cartas*, p. 494.
23. Cf. MARCELO GONZÁLEZ, p. 139.
24. *Fundaciones*, 1, 7.
25. *Op. cit.*, cap. 1, 8.
26. Carta 144: *Cartas*, p. 13.
27. Cf. MARCELO GONZALEZ, p. 567.
28. Carta 108.
29. Carta 107.
30. *Constituciones de la Compañía*. 1882, art. 53.
31. "Apuntes para un libro de Pedagogía". EEO, II, p. 782.
32. *Reglamento para la Archicofradía Teresiana*. EEO, III, p. 205.
33. *Camino de Perfección* (Escorial), 35, 2.
34. I San Juan 2, 14.
35. Publicadas en la R. T. de Diciembre de 1876.
36. R. T. diciembre 1876, p. 61.
37. *Ib.* p. 63.
38. *Op. cit.*, R. T. Enero 1877, p. 93.
39. *Ib.*
40. R. T., febrero 1877.
41. *Ib.*
42. R. T., marzo 1878.
43. "Llamamiento a las jóvenes de la Archicofradía". EEO, I, p. 207.
44. *Reglamento de la Archicofradía*. Exposición al Obispo. *Op. cit.*
45. *Cartas sobre la Educación de la Mujer*. R. T., nov. 1880, p. 221.
46. *Reglamento*. *Op. cit.*, p. 221.
47. R. T., enero 1878.
48. *Ib.*
49. *Ib.*
50. *Tres florecillas a la Virgen de Montserrat*. EEO, I.
51. *Tres florecillas*. *Op. cit.*
52. *Viva Jesús*. EEO, I, p. 485.
53. *Guía práctica del Catequista*. EEO, I, p. 81.
54. *Ib.* p. 30.
55. *Ib.* p. 178.
56. *Guía práctica*. *Ib.*, p. 32.
57. R. T., junio 1879, p. 252.
58. *Guía práctica del catequista*. EEO, I, p. 88.
59. *Ib.*
60. *Guía práctica*. EEO, I, p. 89.
61. *Ib.*, p. 113.
62. *Ib.*
63. *Ib.*, p. 126.
64. *Guía práctica del catequista*. *Ib.*, p. 117.

66. *Reglamento y preces del Rebañito del Niño Jesús de Teresa*. EEO, I, p. 1.240.
67. *Ib.*, p. 1.241.
68. *Ib.*, p. 1.242.
69. *Constituciones de la Compañía de Santa Teresa*. 1888, art. 23.
70. Carta 374: a las Hnas. De Jesús (Tortosa). *Cartas*, p. 422.
71. Exposición al Excmo. Sr. Obispo de Tortosa. R. T., septiembre 1873, p. 318.
72. *Ib.*, p. 317.
73. *Llamamiento a las jóvenes católicas*. R. T., nov. 1873, p. 54.
74. *Reglamento de la Archicofradía*. EEO, I, p. 199.
75. *Ib.*, p. 200.
76. *Llamamiento*, Op. cit., p. 52.
77. *Llamamiento*. Op. cit., p. 53.
78. *Inauguración Solemne*. R. T., noviembre 1873, p. 56.
79. *El Cuarto de Hora de Oración*: "Dedicatoria a las jóvenes católicas...2. EEO, I, p. 240.
80. *Exposición al Sr. Obispo*. R. T., setiembre 1873, p. 317.
81. Para este aspecto de la Enseñanza en el XIX, he consultado: "Enrique de Ossó, pedagogo de un momento crítico". M<sup>a</sup> VICTORIA MOLINS. Conferencia pronunciada el 12 de abril de 1976 en la Fundación Universitaria Española.
82. La secularización de la Enseñanza. R. T., abril 1880, p. 169.
83. *La Compañía de Santa Teresa de Jesús*. Barcelona 1969, p. 20.
84. *Ib.*, p. 20.
85. *Ib.*, p. 21.
86. R. T., agosto 1876, p. 305-306.
87. *Constituciones de 1888*, cap. II, art. 5.
88. *Ib.*, cap. I, art. 3.
89. *La Compañía de Sta. Teresa*, p. 38.
90. *Constituciones de 1888*, cap. VIII, art. 24.
91. *Ib.*, cap. II, art. 6.
92. *Constituciones de 1888*, cap. XII, art. 59.
93. *Perfectae Caritatis*, 5.
94. R. T., 1876, p. 306.
95. R. T., 1879, p. 324.
96. *Apuntes de Pedagogía*. EEO, II, p. 749.
97. *Gaudium et spes*, 13 y 22.
98. *Gravissimum educationis*, 2.
99. *Ib.*, 3.
100. *Estatutos de la Hermandad josefina*. EEO, II, p. 960.
101. *Ib.*, p. 963.
102. R. T., julio 1876, p. 273.
103. Cf. MARCELO GONZÁLEZ, p. 274.
104. R. T., enero 1878, p. 98.
105. R. T., febrero 1878, p. 142.
106. *Ib.*, p. 143.
107. *Apostolicam actuositatem*, 8 y 4.
108. *Constituciones del 88*, art. 20.
109. R. T., diciembre 1893, p. 61.
110. *Moradas I*, 1,3.
111. Carta 496: *Cartas*, p. 546.